

JOSÉ SAZBÓN: PERFIL DE UN FILÓSOFO SECRETO (Apresentação)

Horacio Tarcus¹

Con la desaparición de José Sazbón, el 16 de septiembre de 2008, el pensamiento latinoamericano perdió a uno de sus últimos intelectuales humanistas de erudición universal. De las figuras de esa generación argentina —José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, entre otros—, Sazbón fue acaso el más recóndito. Podría aplicarse a Sazbón lo que Borges señaló de su padre: era tan modesto que hubiera preferido ser invisible. Acaso fue también el más extemporáneo de su generación, con su culto de la vida retirada, su perfil de filósofo estoico o de sabio humanista y erudito. Pero Sazbón ejerció un silencioso y prolongado magisterio como profesor de filosofía e historia de las ideas, como autor de ensayos medulosos, como exquisito traductor y editor. Ricardo Piglia, reconociendo su deuda intelectual, lo recordaba recientemente como “el maestro secreto de toda una generación”.

Contra lo que hoy podríamos suponer, no fue el heredero de un antiguo linaje intelectual, sino hijo de una familia judía humilde y trashumante. Su padre, Mauricio Sasbón, había dejado a su familia judeo sefardí en su Esmirna natal cuando era apenas un adolescente para arribar a un pueblo de la Provincia argentina de Entre Ríos colonizado por los “gauchos judíos”. Allí montó un almacén y conoció a quien sería su esposa, Guinesi Guershanik, hija de judíos azkenazis. Guinesi vino a dar a luz a Buenos Aires, donde un 18 de julio de 1937 nació el niño que iban a bautizar José Sazbón. En 1944, cuando José tenía siete años, la familia fue trasladando su negocio a pequeños pueblos de la Provincia de Chaco. Como en ellos no había siquiera escuela secundaria, el niño, para proseguir sus estudios, comenzó a vivir solo en

¹ Professor da CeDInCI / UNSAM (Universidad Nacional de San Martín)/ Conicet.

Resistencia, la capital provincial, a la edad de doce años. Inicia entonces el primero de una serie de ciclos signados por la vida en pensiones y la entrega solitaria a la lectura. Esa soledad fue parcialmente compensada por los encuentros con los condiscípulos para leer y debatir en el Café Sorocabana de Resistencia. Son los últimos '40 y los primeros '50 cuando la editorial Sur venía de publicar *El existencialismo es un humanismo* mientras que Losada daba a conocer *¿Qué es la literatura?* Son los “años Sartre”, en los que Sazbón hace sus primeras tribulaciones literarias como promotor de *Estela*, revista literaria estudiantil, y borrona sus primeros textos literarios con el seudónimo de Edén Kipervas. En 1957 instalado en La Plata, inicia sus estudios de filosofía en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

En este nuevo ciclo en La Plata, ciudad de estudiantina, animada por una intensa vida intelectual y política, volvió a transitar las pensiones y los bares. Fue por entonces artífice de una agrupación universitaria de izquierda independiente que lo llevó a ocupar la presidencia del Centro de Estudiantes. Pero lo atrajeron sobre todo las formaciones de la “nueva izquierda” intelectual, que entonces conocían su momento de esplendor. Atento a la producción marxista europea, afanoso lector de *Les Temps Modernes* y otras revistas izquierdistas francesas e italianas, desde 1963 hizo sus primeras traducciones y presentaciones de textos para la *Revista de la Liberación*. Dio a conocer allí un artículo de Garaudy polemizando con Sartre y la célebre introducción de este último a *Los condenados de la tierra* de Fanon. Su primer artículo, “El método de Sartre”, fue escrito para *Literatura y sociedad*, otra de las revistas emblemáticas de la “nueva izquierda” que lanzaría Piglia en 1965. Ese mismo año se graduó como Profesor de Filosofía. Filósofo con vocación histórica, enseñó en la segunda mitad de los años '60 en el área de ciencias sociales de la UNLP, siendo designado en 1970 profesor adjunto de Sociología General, una cátedra que marcaría un hito en la enseñanza superior platense. Influido desde sus años de estudiante por el marxismo sartreano y lukacsiano al tiempo que interesado por la novedad que representaba la corriente

estructuralista, en 1968 compiló, tradujo y prologó para la editorial Quintaria el volumen colectivo Sartre y el estructuralismo. Acaso el fruto más recordado de su prolongada labor de traductor y editor la constituya la docena de volúmenes de la “Colección El pensamiento estructuralista”, que Editorial Nueva Visión dio a conocer a lo largo de 1969 y 1970, que incluyó textos clave de Lévi-Strauss, Todorov, Pouillon, Leach, Lyotard, Bourdieu, Glucksmann y Barthes. Desde entonces, desplegó una intensa labor editorial con la que, por otra parte, se ganaba la vida: compiló para Nueva Visión Presencia de Max Weber (1971) y tradujo a instancias de Oscar Masotta Las formaciones del inconsciente de Lacan. En 1970 compiló para Tiempo Contemporáneo otros dos volúmenes: Análisis de Michel Foucault y Análisis de Marshal McLuhan; en 1973 compiló una Introducción a Bachelard para Caldén y en 1975 tradujo del italiano para Siglo XXI Gramsci y la revolución de Occidente, de Maria-Antonietta Macciocchi, a quien había conocido en su estancia en París.

Paralelamente llevaba adelante su carrera de investigador que inició en la UNLP y continuó como becario del CONICET. Con el apoyo de esta institución, inició en 1970 en la Facultad de Humanidades los cursos del Doctorado en Filosofía; y luego se instaló en París entre 1972 y 1974 para proseguir sus estudios de doctorado. En la École Normale Supérieure tuvo como director de estudios a Jacques Derrida y en la École Pratique des Hautes Études a Manuel Castells. Asistió, entre otros, a los cursos de Derrida, Poulantzas y Levi-Strauss. En septiembre de 1973 viajó a Varna, Bulgaria, para participar en el XV Congreso Internacional de Filosofía.

De regreso en la Argentina, prosiguió desde Buenos Aires con su labor de investigador, docente y editor. En 1975 Nueva Visión publicó su primer libro, Mito e historia en la antropología estructural y un año después preparó y tradujo una edición popular del Curso de Lingüística General que permitió un amplio acceso a la obra de Saussure.

Cuando sobrevino el golpe militar de 1976, Sazbón decidió exiliarse en Maracaibo, Venezuela. Ingresó como profesor invitado

a la Universidad de Zulia y en poco tiempo fue designado Director de investigaciones de la Facultad de Derecho, creando una Maestría en Ciencia Política. Prosiguió allí con la elaboración de su tesis *En los orígenes del método marxista: modelo puro y formación impura en los análisis históricos de Marx y Engels*. En ella el “modelo puro” que de la concepción materialista de la historia habían formulado tempranamente Marx y Engels era contrastado con la emergencia de las “formaciones impuras” que sometían a prueba aquel modelo: la Alemania donde no tenía lugar la revolución burguesa, sino el ascenso de Bismarck, la Francia donde no estallaba la revolución proletaria, sino el golpe de Luis Bonaparte.

En 1981 la Universidad de Zulia publicó su segundo libro: *Historia y estructura*, donde sometía a un minucioso escrutinio el proyecto arqueológico de Michel Foucault. En el contexto de sus estudios marxianos y de revisión crítica del estructuralismo y del naciente posestructuralismo, la vista a Venezuela del historiador marxista británico Perry Anderson fue para Sazbón un gran estímulo y el nacimiento de una amistad político-intelectual. De la productividad de los años del exilio dan cuenta también sus artículos en las más diversas revistas: en *Expresamente* (Caracas) aparecía en 1978 su estudio sobre Lassalle; *Cuestiones Políticas* (Zulia), publicaba su notable estudio sobre Mariátegui e *Investigaciones semióticas* (Carabobo) daba a conocer la primera versión de sus estudios sobre el Facundo de Sarmiento. De esta época data también “Mil ochocientos cuarenticinco”, donde establecía una serie de notables analogías entre el ensayo de Sarmiento de 1845 y el de Engels aparecido ese mismo año, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Desde Maracaibo enviaba sus colaboraciones a *Punto de Vista*, fundada hacía poco en Buenos Aires, al tiempo que remitía a *Cuadernos Políticos* de México “El fantasma, el oro, el topo”, su celebrado ensayo sobre el influjo shakespeariano en Marx. Aunque una fina ironía campea en todos sus ensayos históricos y filosóficos, esta se hace aún más aguda en los literarios, como su memorable parodia “Pierre Menard, autor del Quijote”. Remedando el estilo borgeano, y acaso

parodiando también su propia condición de historiador erudito e indiciario, Sazbón compone allí un Menard izquierdista, lector de Marx y de Lenin.

De retorno a la Argentina en 1985, se reincorporó como investigador al CONICET y desplegó una intensa actividad docente. Dictó materias y seminarios en las carreras de Filosofía, Historia y Sociología de la UBA, la UNLP y la UNSAM, sobre problemas de la filosofía contemporánea, historia de las ideas y de los intelectuales, marxismo historicista y marxismo estructuralista, entre otros muchos temas. Aunque abarcó con notable erudición todo el arco del pensamiento contemporáneo, se detuvo particularmente en ciertas estaciones que estuvieron entre sus preferidas: Marx, Lukács, Gramsci, Benjamin y Sartre. Poco amigo de las polémicas, discutió sin embargo en 1983 con Oscar Terán desde las páginas de Punto de Vista para recusar su “invitación al posmarxismo”. En esta misma revista dio a conocer en 1987 su estudio sobre el debate entre E. P. Thompson y Perry Anderson en el seno del marxismo británico; y en 1989, en pleno apogeo mundial de la “crisis del marxismo”, presentó en el XII Congreso Interamericano de Filosofía reunido en Buenos Aires una ponencia en la que discutía la presunta novedad de dicha crisis en una historización que se remontaba a los tiempos del propio Marx, rescatando así la vigencia de esa herencia teórico-política, incluso bajo las formas de la “reconstrucción” o la “deconstrucción” del materialismo histórico.

A partir del año 1989 dio a conocer una serie de estudios sobre la Revolución Francesa en encuentros y revistas. Entre 1990 y 1992 fue director del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Desde allí fue uno de los propiciadores del Coloquio Walter Benjamin realizado en el Instituto Goethe de Buenos Aires, al que presentó su ponencia “Historia y paradigmas en Marx y Benjamin”. En la década de 1990 preparó para las ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA dos compilaciones consagradas a filósofos modernos: Homenaje a Kant (1993) y Presencia de Voltaire (1997).

Editor eximio, evitó serlo de su propia obra, como animado

por una voluntad de dispersar sus textos para que los recogieran aquellos que tuvieran la sabiduría o la fortuna de encontrarlos. Abordó en ellos un vasto espectro, de la recepción de la semiología a los estudios sobre el marxismo y el estructuralismo, pasando por la filosofía de la historia, la historia moderna y contemporánea, la historia intelectual y el pensamiento argentino y latinoamericano. Solo en sus últimos años aceptó reunir en libro algunos de esos artículos. Una decena de ellos fue recuperada en 2002 por la editorial de la Universidad de Quilmes bajo el título *Historia y representación*. En el año 2005 Ediciones Al Margen reunió en un volumen sus estudios sobre la Revolución francesa; y su ensayo “Figuras y aspectos del feminismo ilustrado” sirvió de estudio preliminar al volumen *Cuatro mujeres en la Revolución Francesa* (2007). La Universidad de Quilmes publicó en 2009 una nueva compilación de ensayos: *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*. Cuando lo sorprendió la muerte, Sazbón dictaba clases en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), en el Doctorado en Ciencias Sociales (UBA) y en el Instituto de Altos Estudios Sociales (UNSAM), al tiempo que coordinaba la Maestría en Historia y Memoria de la Facultad de Humanidades de la UNLP, la primera en su género en América Latina y a la que consagró sus últimos estudios sobre la relación entre historia y memoria.

DUAS CARAS DO MARXISMO INGLÊS: O INTERCÂMBIO THOMPSON-ANDERSON²

José Sazbón

Tradução: Gabriel Alves Damaceno³

Revisão: Denise N. De Sordi⁴

² Texto anteriormente publicado na revista argentina *Punto de Vista*, n. 29, 1987. Agradecemos a Horacio Tarcus e a Berta Stolioro pelo envio do texto e pela cessão deste à *História & Perspectivas*.

³ Graduando do curso de História (INHIS/UFU). Bolsista do projeto de extensão Nuphecit (2013).

⁴ Mestranda do Programa de Pós-graduação em História da Universidade Federal de

A recente edição espanhola de *Arguments*,⁵ por Perry Anderson, oposto à alegação anti-althusseriana de Edward Thompson – disponível também em espanhol –,⁶ permite conhecer, nessa língua, as peças finais de um dossiê iniciado vinte anos antes. De fato, ainda que Thompson, em diferentes oportunidades, tenha manifestado seu desgosto⁷ pelo que considerava o teorismo elitista (de marca francesa) e o amadorismo historiográfico da “nova” *New Left Review*,⁸ é em *The poverty of theory* que realiza

Uberlândia da linha de pesquisa Trabalho e Movimentos Sociais.

⁵ ANDERSON, Perry. *Arguments within English Marxism*. Londres: NLB/Verso Edições, 1980. Versão espanhola: *Teoría, política e historia: Un debate con E. P. Thompson*. Madri: Siglo XXI de España, 1985. Esta tradução deve ser tratada com extrema desconfiança, pois é rica em erros, omissões e imprecisões (algumas especialmente perigosas figuram nas p. 15, 17, 30, 40, 55, 58, 83, 110, 114, 124, 132, 135, 139, 151, 173, 181, 211, 217, 220, 223, 224)

⁶ THOMPSON, E. P. *The poverty of theory: or an orrery of errors* (em: *The Poverty of Theory and other essays*. Merlin Press, Londres, 1978). Versão espanhola: *Miseria de la teoría*. Barcelona: Critica/Grijalbo, 1981. A tradução espanhola, em geral correta, às vezes perde algumas ironias do autor (quando Thompson cita *La formación histórica de la clase obrera* e *La ideología alemana*, fá-lo como obras de autor anônimo). Além disso, a edição não reproduz as lâminas do original (o motor da história, por exemplo), ilustrativas do “planetário” althusseriano mencionado no subtítulo.

⁷ Cf. “The peculiarities of the english” e “An open letter to Leszek Kolakowski” em *The socialist register* de 1965 e 1973, respectivamente. Reeditados em *The Poverty*, 1978.

⁸ Publicação que em 1960 contou com Thompson como co-fundador e da qual, poucos anos depois, considerou-se excluído ao se reestruturar a direção. A versão thompsoniana desse afastamento figura na “Open Letter” In: *The Poverty*, p. 101-105; a de Anderson, em *Arguments*, p. 135-140 (versão espanhola: p. 149-155). Não são as duas únicas versões. Na introdução de Paola Splendore a sua tradução de *The long revolution* se pode ler: “A propósito do estruturalismo e dos ataques de Althusser ao humanismo marxista, surgiram na Inglaterra calorosas polêmicas: em seu transcurso, alguns intelectuais de relevo mais ligados ao Partido Comunista inglês, como E. P. Thompson [sic], distanciaram-se da *New Left Review*, enquanto Williams manteve posições mais abertas e conciliadoras”. Cf. WILLIAMS, Raymond. *La lunga*

sua adiada catarse: o resultado, um brilhante e nada moderado *pamphlet* contra o althusserianismo generalizado, é também um discurso do método (histórico) e uma profissão de fé (socialista-humanista). Por sua vez, Perry Anderson, editor da revista durante duas décadas e ponto mais visível dos ataques thompsonianos, embora os respondesse,⁹ apenas depois da publicação de *Poverty* pensou ser apropriado apontar os vários aspectos da controvérsia na forma de um contra-argumento político e teórico, seu texto, que não omite certa revisão de posições, combina o rigor crítico e a busca pela imparcialidade de uma forma que torna natural o gesto amigável dirigido ao historiador de talento, ao líder do desarmamento nuclear e ao “melhor escritor socialista da Inglaterra”.¹⁰

A peculiaridade mais imediata desse intercâmbio polêmico é a desigual distribuição de lugares onde os discursos se organizam. Aqui, como em outras ocasiões, Thompson fala de uma prática profissional assumida com excludente orgulho: a história, para ele, não é somente uma dimensão elevada do conhecimento social, mas também depósito de valores e reserva de “tradições” que o presente ativa. Anderson, de um modo também característico, argumenta a partir de um campo integrado, plural, em que as realizações setoriais estão continuamente abertas à convergência crítica: autor de uma variada série de análises políticas e teóricas, sua vinculação com a disciplina histórica tem sido sempre imediata e instrumental.¹¹ A intenção não é subsidiária, já que rege a

rivoluzione. Variazione culturale e tradizione democratica in Inghilterra [orig.: 1961], por Paola Splendore. Roma: Officina Edizioni, 1979. p. 11.

⁹ ANDERSON, Perry. Socialism and pseudo-empiricism. *New Left Review*, Londres, n. 35, jan./fev., 1966.

¹⁰ *Idem. Teoría, política e historia: Un debate con E. P. Thompson*. Madri: Siglo XXI de Espanha, 1985. p.1. (mais adiante: *Teoría*)

¹¹ O estudo histórico mais ambicioso de Perry Anderson, trata das estruturas e características diferenciais do Estado absolutista, situa-se declaradamente em um “nível secundário” em relação à historiografia propriamente dita. Tanto *El Estado absolutista* (México: Siglo XXI, 1979, orig. 1974) como seu “prólogo”, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo* (México: Siglo XXI,

dificuldade do diálogo: são as presumidas iluminações do *métier* (que, em seu caso, fundem quadros culturais e literários, morais e políticos, jurídicos e econômicos) que fomentam em Thompson o receio – ou a condescendência – frente a outros desenhos construtivos (por exemplo, teórico-formal) que se aventuram sobre seu território.¹² De maneira recíproca, para Anderson, o caso é sua flexibilidade em orientar-se, com a correspondente rotação de temáticas e pontos de vista, o viés comum imposto pela globalização das suas intervenções, com um talento notável para a síntese articulada e abertura programática.¹³ E uma dessas, tão central para ele como incômoda para Thompson, é a integração dos enfoques histórico e filosófico.¹⁴ Por um lado, a angulação privilegiada e, por outro, o coletivo relevo da perspectiva, é o

1979, orig. 1974) são vistos pelo autor menos como “verdadeiros escritos de história” (pois falta “a erudição e o rigor acadêmico” do especialista) do que como análise baseada “simplesmente na leitura das obras disponíveis dos historiadores modernos, o que é um assunto muito diferente”. Cf. *Transiciones*, p.1-2; *El Estado absolutista*, p. 2.

¹² “A filosofia pode – e deve – supervisionar, afinar e auxiliar a conversação (entre as disciplinas). Mas se deixamos que a filosofia trate de abstrair os conceitos em relação as práticas e construa a partir deles um Lar para a Teoria independentemente delas e mais longe de qualquer diálogo com o objeto da teoria, então teremos[...]; o teatro de Althusser!” Cf. *Miseria de la teoria* (adiante: *Miseria*), p.76.

¹³ Além de seus estudos históricos de longo prazo (Cf. n. 7), Perry Anderson produziu monografias sobre o colonialismo português, a conformação histórica das classes na Inglaterra, a cultura nacional britânica, as tendências de longo prazo da produção teórica marxista, a historiografia do Partido Comunista britânico, o pensamento de Gramsci, as orientações filosóficas contemporâneas: artigos sobre a socialdemocracia sueca, a política do Mercado Comum, o Partido Comunista italiano, a crítica trotskista do stalinismo, as origens do “modernismo”, etc., além de análises políticas conjunturais (a esquerda nos anos 50, o wilsonismo, etc.).

¹⁴ Cf. ANDERSON, Perry. *El Estado absolutista*, p. 1: *Consideraciones sobre el marxismo occidental* [orig. 1976]. Madri: Siglo XXI de España, 1979, p.133-135: *Teoría*. p.72-73: *In the Tracks of Historical Materialism*. Londres: Verso Editions, 1983. p.20-22 (versão espanhola: *tras la huella del materialismo histórico*, Madri: Siglo XXI de España, 1986).

que mobiliza as posições encontradas desses autores. Eles, no entanto, enraízam em um terreno comum, que é a verdadeira arena do confronto: tanto Anderson como Thompson atuam como organizadores culturais no seio da esquerda britânica; é a disparidade de estratégias, heranças assumidas e oposições políticas que os distanciaram desde os anos sessenta.

A polêmica: primeira época

Naquele momento, ficou configurada a área mais sensível da nova dissidência: aquela que agrupava as múltiplas dimensões da identidade político-cultural inglesa, entendida como “singular” por Thompson (relutante em qualquer correspondência pontual com outros desenvolvimentos nacionais) e como “excepcional” por Anderson (cujo posto de observação irrenunciável eram precisamente as regularidades históricas externas). Nos mesmos anos em que aparecia a obra mais importante de Thompson, *The making of the English working class* –¹⁵ assinalando, pelo relevo outorgado às culturas de classe e em particular às transformadoras modulações da “experiência” trabalhadora, um novo ponto de partida para a história social-¹⁶ a renovada *New Left Review* iniciava, com vários artigos de Anderson e Tom Nairn, uma crítica devastadora do conservadorismo político, social e cultural inglês e suas sequelas de imobilismo e conformismo em toda a estrutura social: “Na Inglaterra, uma burguesia indolente produziu um proletariado subalterno”.¹⁷ No entanto, enquanto

¹⁵ E. P. Thompson: *The making of the english working Class*. Londres: Victor Gollanz Ltd., 1963: reed. com um epílogo: Harmondsworth: Penguin, 1968 (versão espanhola: *La formación histórica de la classe obrera*. Inglaterra 1780-1832. Barcelona: Laia, 1977. 3 v.).

¹⁶ Cf. SAMUEL, Raphael. History and theory. In: SAMUEL, R. (Ed.). *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981. p.XV-XVI.

¹⁷ ANDERSON, Perry. Les origines de la crise presente. *Les Temps Modernes*, Paris, ano 20, n.219-220 p. 248, ago./set. 1964. (Orig.: Origins of the present crisis, *New Left Review*, n. 23, jan./fev. 1964). Os artigos de Tom Nairn, The

The making of the English working class ainda tinha pela frente a maior fase de sua irradiação, os artigos de Anderson e Nairn produziram, quase de imediato, um fecundo intercâmbio polêmico na esquerda inglesa, debate em grande medida polarizado pela animada réplica de Thompson à perspectiva *new leftist*.

“*Origins of the present crisis*”, o texto de Anderson, apresenta um esboço das principais peculiaridades na evolução da estrutura de classes da Inglaterra, um desenvolvimento atípico configurava-se no conjunto dos grandes países da Europa. Além de postular uma série de teses sobre a complexa relação de subordinação que uniu a burguesia à aristocracia nas origens e no posterior desenvolvimento do capitalismo inglês, Anderson observava um duplo (e encadeado) desencontro entre classes e ideologias revolucionárias: do mesmo modo que a primitiva revolução capitalista não pode incorporar as conquistas do iluminismo – e seu substituto, o puritanismo radical, foi facilmente derrotado, (até o ponto em que “o puritanismo foi uma paixão inútil”) a fase mais combativa do proletariado inglês desenvolveu-se na ausência de uma ideologia socialista “estruturada”, pois para ele o Marxismo chegou muito tarde (“o Manifesto comunista foi elaborado exatamente dois meses depois da derrubada do cartismo”).¹⁸

Combinando livremente noções sartreanas e gramscianas,¹⁹ Anderson mostrava que a simbiose da aristocracia e burguesia

British political elite, The English working class e The anatomy of Labour Party apareceram nos números 23, 24, 27 e 28 da *NLR* (1964).

¹⁸ ANDERSON, Perry. Les origines de la crise presente. *Les Temps Modernes*, Paris, ano 20, n. 219-220, p. 407, 412, ago./set. 1964.

¹⁹ Um dos participantes do debate posterior, Nicos Poulantzas, questionará – desde sua consolidada posição anti-historicista – tanto a utilização acrítica dos conceitos sartreanos como, sobretudo, a versão lukacsiana da hegemonia (= “consciência de classe”) que encontra nas análises de Anderson e Nairn. Cf. POULANTZAS, Nicos. Hegemonia y dominación en el Estado moderno. *Cadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 48, p. 112-115, 123-126, 1969. Uma apreciação do conjunto da polêmica pode se encontrar na “Introdução” de Ernesto Laclau para ANDERSON, Perry. *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*. Barcelona: Anagrama, 1977 (orig.: 1968).

havia levado à construção de uma “classe dominante única” cuja homogeneidade virtual, permanentemente recriada, configurava como “totalidade destotalizada”, um “bloco dominante que pode ser visto como uma classe hegemônica” altamente estruturada e desestruturadora das classes médias: a Inglaterra nunca conheceu “um movimento político importante da pequena burguesia”.²⁰ Enquanto a classe trabalhadora, depois da derrocada do cartismo e o posterior interregno “de amnésia e regressão”, constituiu suas organizações mais características orientando-as (via os fabianos) pelo “envenenado”, legado da única ideologia burguesa “distintiva e coerente, porém abortada” do século XIX: o utilitarismo. O paradoxo da classe trabalhadora inglesa é que a opção corporativa que encarna o utilitarismo está ligada a uma intensa consciência de classe e a uma cultura própria, “hermética”, que impedem o acesso a uma ideologia universal e o desenvolvimento de uma vocação hegemônica.²¹

A resposta de Thompson para a depressiva visão da história e da cultura britânica, que figurava nos artigos de Anderson e Nairn localiza-se em um exame da tendência geral da “nova *New Left*”, três anos depois do êxodo de seus fundadores. Tanto essa circunstância como sua própria condição de historiador fizeram-no suspeitar frente à orientação intelectual que abria caminho naquele “ambicioso trabalho” de análise histórica e social. Assim, o eixo de sua controvérsia, consistente com os tácitos pressupostos do recente *The making of the English working class*, abrange a rejeição de qualquer módulo analítico universal, a recuperação de uma experiência nacional irreduzível e a defesa de uma tradição cultural consideravelmente mais matizada que a compacta *survey* (pesquisa) da *New Left Review*. Desde seu título, *The peculiarities of the English* era uma reivindicação orgulhosa e desafiante. A “excepcionalidade” inglesa só podia exprimir-se a partir de uma tipologia artificial, pois “cada experiência histórica é, em

²⁰ ANDERSON, *op. cit.*, p. 411.

²¹ ANDERSON, Perry. Les origines de la crise presente. *Les Temps Modernes*, Paris, ano 20, n. 219-220, p. 425-429, ago./set., 1964.

certo sentido, única”; se as complexidades da história nacional chocavam-se com a simetria do modelo, era o modelo que deveria ser descartado ou refinado.²²

Porém, além dessas generalidades defensivas, havia um contra-ataque em regra de aceitação de um convencional modelo de revolução burguesa. Por um lado, o caso da Revolução Francesa elevada a paradigma deveria se descartar, tanto por constituir uma “experiência gigantesca”, porém única, como o ápice de seu desenvolvimento: a fase jacobina igualitária do ano II, de modo algum poderia ser considerada indicativa de uma particularidade intrínseca da revolução burguesa cumprida (além da improvável hegemonia da burguesia industrial). Com a “noção de tipicidade” associada ao caso francês, caiu também a própria ideia de “Revolução” como episódio dramático divisor do curso histórico. Particularmente no caso inglês, a revolução burguesa deveria ser entendida, em seu “senso de época”, como um amplo e diversificado conjunto de transições que tem lugar ao longo de vários séculos (entre o XVI e o XIX); impunha-se, portanto, um modelo acumulativo mais preciso, em vez “daquele momento climático, a Revolução”.²³

A incomensurabilidade das experiências nacionais compreendia também o vocabulário sociológico; era equívoco assimilar com o termo “aristocracia” o que na França era um estamento e na Inglaterra uma “*gentry*” capitalista. De todos os modos, essa aristocracia inglesa estava longe de exercer o domínio ilimitado que Anderson e Nairn a atribuíam. A prova era o progressivo aburguesamento, e a burocratização de diversas instituições e o consenso utilitarista (e não reverencial) que presidia em certos casos, a sobrevivência das formas tradicionais. Quanto ao suposto vazio cultural e ideológico burguês, uma

²² THOMPSON, E. P. The Peculiarities of the English. In: *The Poverty of Theory and other essays*, London: Merlin Press, 1978. p. 35, 37 (Citado adiante como “Peculiarities”).

²³ THOMPSON, E. P. The Peculiarities of the English. In: *The Poverty of Theory and other essays*, London: Merlin Press, 1978. p.45, 47, 78.

lista concisa e expressiva refutava-o: a herança democrática do protestantismo, o desenvolvimento da economia política capitalista e a secular afirmação da ciência natural (com Darwin como figura paradigmática). Estes dois últimos, associados a um elemento básico dessa tradição compõe o “idioma empírico” de seus praticantes, ao passo que seria abusivo confundí-lo com a ideologia empirista. Não menos crítico se mostrava Thompson com o manejo andersoniano do conceito de “hegemonia”, porém a discussão a esse respeito era mais reveladora das incertezas de sua leitura (em um momento em que a esquerda inglesa começava a conhecer o legado gramsciano) do que realmente esclarecedora da carência ou não sobre a vocação hegemônica, denunciada por Anderson, na classe trabalhadora inglesa.²⁴

Na medida em que o conjunto das censuras de Thompson estava pontuado por frequentes sarcasmos e fórmulas desclassificadoras, sua alegação suscitou uma resposta ainda mais dolorosa e devastadora. Em *Socialism and Pseudo-Empiricism*, publicado no ano seguinte pela *NLR*, Perry Anderson assumia a defesa global dos artigos incriminados, apresentando-os como o esboço de uma “teoria integrada da sociedade britânica do passado e do presente”. A principal contra-acusação a Thompson era, justamente, o mesquinho desinteresse que demonstrava pelo declarado propósito desses textos – uma intenção de reconstruir esquematicamente o passado nacional com o propósito de avaliar a “presente crise”; ao lermos como interpretações históricas acabadas, sem levar em consideração sua provisoriade, nem mencionar seu alcance contemporâneo, é distorcido o “significado total” do empreendimento.²⁵

De todos os modos, consolidam-se os grandes temas da controvérsia. Reforçando a argumentação geral que ele e Nairn haviam desenvolvido, Anderson insiste nas principais afirmações, partindo agora das réplicas de Thompson. A noção de uma

²⁴ Ibidem, p.47-48, 52-54, 57-61, 72-74.

²⁵ ANDERSON, Perry. Socialism and pseudo-empiricism. *New Left Review*, Londres, n. 35, p. 39, 32, jan./fev., 1966.

revolução burguesa “de época” não era se não “uma hipótese ptoloméia” em virtude da qual só uma burguesia clássica seria o veículo do capitalismo. Mediante a distinção “entre uma ordem econômica e as classes sociais” que o impulsionam ou subvertem-no, ficava coberto o socialismo e sua relação aleatória com um proletariado industrial vitorioso. Japão e Brasil no primeiro caso, China e Cuba no segundo, mostravam a necessidade de flexibilizar a tipologia. Assim, na Grã-Bretanha, o passado primordial da guerra civil do século XVII deveria ser reafirmado, ainda que seu marco não fora plenamente o de uma “revolução burguesa”.²⁶ Quanto as conquistas culturais da burguesia inglesa, Anderson descarta que a obra de Darwin seja uma delas (tanto pelo caráter relativamente “associal” das ciências naturais como pelo marco internacional em que se desenvolvem), pode-se acreditar o detestável darwinismo social como seu “verdadeiro produto”. Porém, é o exemplo da economia política que permite fortalecer uma de suas teses principais, pois essa disciplina característica da burguesia está no inverso de um pensamento social totalizador. Por se inspirar mais no processo natural que na ação humana consciente, e em contraste com a fase heroica da Ilustração, “a ‘mão oculta’ substituiu a ‘vontade geral’”; foi uma exposição “hipnótica, monocular” do sistema econômico, não uma teoria total do homem e a sociedade. Além disso, as consequências imediatas são apreciadas neste século, quando é um feito que a história intelectual britânica tem sido capaz de confluir com alguma das grandes tradições do “pensamento social sintético”, o marxismo ou a sociologia clássica. Entre as grandes nações europeias, a Grã-Bretanha é a única que “não produziu um Lenin, um Lukács, um Gramsci, e *tampouco* um Weber, um Durkheim, um Pareto”.²⁷

Na resposta thompsoniana sobre o uso do termo “hegemonia”, Anderson encontra a ocasião para uma de suas críticas mais

²⁶ ANDERSON, Perry. Socialism and pseudo-empiricism. *New Left Review*, Londres, n. 35, p. 9, 41, jan./fev., 1966.

²⁷ Ibidem, p.19-20, 22.

impiedosas. Ao assimilar a hegemonia ao poder estatal, Thompson revelara sua “ignorância astronômica” sobre a obra de Gramsci; é duvidoso que tenha lido uma linha do autor que invoca, pois seus “solecismos” *aplomados* são os de um homem que “já não pode aprender nada”. O conhecedor instituído do marxismo é a versão economicista difundida na Grã-Bretanha do pós-Guerra; é natural, pois, que carecendo do contato com um “universo marxista mais amplo”, não captou o sentido dos trabalhos de Anderson e Nairn, contribuintes da “principal tradição” do marxismo ocidental.²⁸ É esse limitado equipamento teórico que descobre um reducionismo economicista em que fica claro o desvio contrário: se “nossas teses” resultam vulneráveis – destaca Anderson aceitando uma crítica de James Hinton –, é por sua tendência geral *idealista* (“primazia dos fatores políticos e ideológicos”).²⁹ Porém, mais à frente, reivindica a categoria lukacsiana de “totalidade”, utilizada em seu ensaio e nos de Nairn para entender a situação presente a partir da história anterior; o importante era opor uma visão totalizante ao fragmentarismo da história acadêmica (no que incorre seu atual contraditor). Como via de acesso ao presente, “o passado é demasiado sério para desejá-lo aos historiadores profissionais”; a prova está nas análises políticas de Thompson, em que o passado só serve para “comparações retóricas”. O juízo de Anderson sobre esses textos acumulava as imputações mais

²⁸ ANDERSON, Perry. Socialism and pseudo-empiricism. *New Left Review*, Londres, n. 35, p. 27-31, jan./fev., 1966. Essa tradição é objeto de uma digressão cujo tema será retomado e ampliado posteriormente (em *Consideraciones sobre el marxismo occidental*). Para Anderson, os momentos decisivos desse marxismo estiveram marcados por respostas dialéticas a diversas formas de idealismo: o primeiro em Lukacs, em Gramsci, em Sartre, ressoam os ecos de seus interlocutores ou ancestrais idealistas; só no presente (1966) estão aparecendo signos de uma tendência contrária: “a obra de Althusser contém essa promessa” (apesar de sua adscrição parcial à pauta geral). *Ibid.*, p. 30.

²⁹ HINTON, James. The Labour Aristocracy. *New Left Review*. n. 32, p. 77. Citado por ANDERSON, Perry. Socialism and pseudo-empiricism. *New Left Review*, Londres, n. 35, p. 30, jan./fev., 1966.

irreversíveis do artigo; em contraste com a imaginação histórica de Thompson, sua aptidão como analista político era uma mostra de “pobreza e abstração” que o crítico não deixava de documentar e, no trecho final, as denúncias sucediam-se em cascata: “subjetivismo errático”, “retórica inflada”, “tedioso populismo”, “abstração lacrimosa”, “moralismo endêmico”, “nacionalismo messiânico”, “fossilização confessa” etc.³⁰

No entanto, nas quarenta páginas de *Socialism and pseudo-empiricism*, autocríticas pontuais assim como estimativas positivas de alguns trechos de *The peculiarities of the English* eram facilmente encontradas, elas não balanceavam a acusação formidável contra o “tipo de cultura socialista” que definia Thompson e a “paranóia e má fé” que guiara sua leitura dos artigos da *NLR*.³¹ Quinze anos depois, Anderson lamentaria a “violência inútil” daquela resposta em um contexto em que fundamentava as bases de um novo entendimento.³² *Socialism and pseudo-empiricism* não mereceu em sua época uma resposta de Thompson, excetuando-se algumas rancorosas alusões posteriores (1973) na *Open letter to Leszek Kolakowski*; ao reeditar este último trabalho e *The peculiarities of the English* (em *The Poverty of Theory and other essays*),³³ esclareceu finalmente que não justificava comentar um texto que não continha argumentos novos.

Thompson e o Althusserianismo

A sustentação de um “internacionalismo teórico”³⁴ convertera-se em uma palavra de ordem da *New Left Review* e no critério evidente do catálogo da New Left Books. Nos dois casos, o grupo editorial difundiu – em entrevistas, artigos, volumes – o pensamento

³⁰ ANDERSON, *op. cit.*, p. 33-35, 37, 39.

³¹ *Ibidem*, p.33.

³² ANDERSON, 1985, p. 154.

³³ THOMPSON, 1978, p. 399. A outra razão foi que seus “amigos políticos” desencorajaram tal “polêmica divisora” (*Ibid.*).

³⁴ ANDERSON, *op. cit.*, p. 165.

de um amplo contingente de autores marxistas (clássicos ou contemporâneos) de diversas correntes. Porém, uma destas se distinguiria por sua maior repercussão no seio da esquerda inglesa e pela dilatação de uma influência que deu lugar a um pólo de referência própria, alheio ao pluralismo programático da *NLR*. Nos anos 70, o Althusserianismo adquiriu, na Grã-Bretanha, um enraizamento inquestionável que reativou as previsões de Thompson contra os elementos alógenos na cultura socialista de seu país.³⁵ Depois de denunciar em diferentes ocasiões (e diferentes países) a influência “abominável”³⁶ da corrente althusseriana, Thompson publicou, em 1978, seu demorado ataque frontal; isso, no entanto, não levou em consideração os múltiplos trabalhos inspirados pela escola, mas a obra de seu fundador, “o Aristóteles do novo idealismo marxista”. Em generosa profusão, as queixas dirigidas a Althusser vão desde o abandono da evidência empírica até a criação de uma “polícia ideológica”; e o Althusserianismo, cuja base social era a “lúmpen-intelectualidade burguesa”, não constituía simplesmente um ataque “à razão mesmo”, mas, mais especificamente, ao “stalinismo teorizado como ideologia”. Quanto a distribuição inglesa dos produtos da “*Fabrik* althusseriana”, uma responsabilidade especial cabia à *New Left Review* pelo seu empenho nos “últimos quinze anos”; a cisão de 1963 mantinha seu poder invocativo.³⁷

A admiração e a atração que suscitam as qualidades literárias de *The poverty of theory* postergam, mas não cancelam duas reservas importantes que se impõem ao leitor. A primeira refere-se

³⁵ Seu veículo eram “os francófilos britânicos que, durante uns quinze anos, vêm promovendo um suposto ‘renascer do marxismo’ neste país”, Cf. THOMPSON, 1981, p. 300.

³⁶ MERRIL, Michael. *Una entrevista com E. P. Thompson* (citado como: *Entrevista*). In: THOMPSON, E. P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Trad. de Eva Rodríguez. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1979. p. 311. *An Interview with E. P. Thompson* foi publicada na revista *Radical History Review*, Nova York, III, 4, p. 4-25, mar. 1976. Foi editada neste número especial da *Revista História & Perspectivas*.

³⁷ THOMPSON, 1981, p.12-14, 209, 280, 300.

à oportunidade de ataque antiteoricista de 1978. A ressonância dos trabalhos de Althusser data de 1965, quando este dá a conhecer duas importantes recopilações: *Pour Marx* e *Lire le Capital*.³⁸ No decênio seguinte, publica uma série de artigos e folhetos que atenuam ou redefinem a ênfase epistemológica dos primeiros textos, manifestando seu caráter de “intervenções políticas” na teoria;³⁹ finalmente, e deixando de lado as vicissitudes posteriores da posição de Althusser dentro do Partido Comunista Francês (carentes da mesma repercussão), sua produção filosófica culmina até 1974, em meio aos expressivos sinais de sua aclimação contraditória. Esse ano, de fato, é indicativo porque, em seu curso, ambas as contribuições e os pontos fracos de sua original *oeuvre* são objetos de um triplo e dilatado equilíbrio *althusseriano*; a complacente exegese magna de Saúl Karsz; a ácida *mise au point* de um acólito da primeira hora, Jacques Rancière,⁴⁰ e a retrospectiva em forma de “autocrítica” do mesmo Althusser⁴¹ (A “Defesa de Tese em Amiens”⁴² do ano seguinte pode-se ler como um desdobramento e conclusão dessa retrospectiva e consolida a impressão de uma obra cumprida).

³⁸ Maspero, Paris. *Pour Marx* agrupa artigos de Althusser dos anos 1960 e 1965 (versão espanhola: *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1967). Os dois tomos de *Lire le Capital* compreendem exposições apresentadas em 1965 na École Normale Supérieure (Paris) por L. Althusser, E. Balibar, J. Rancière. R. Establet e P. Macherey. A versão espanhola reproduz a edição de Maspero de 1967, que só conserva os textos (modificados) dos dois primeiros: *Para leer El Capital*, México: Siglo XXI, 1969.

³⁹ Entre outros: Lénine et la philosophie. *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, Paris, ano 62, n. 4, 1973. (Versão espanhola: Lenin y la filosofía. *Era*. México, 1970, *Para una crítica de la práctica teórica*: Respuesta a John Lewis. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.)

⁴⁰ RANCIÈRE, Jacques. *La leçon d'Althusser*. Paris: Gallimard, 1974. (Versão espanhola: *La lección de Althusser*. Buenos Aires: Galerna, 1975.)

⁴¹ ALTHUSSER, Louis. *Éléments d'autocritique*. Paris: Hachette, 1974. (Versão espanhola: *Elementos de autocrítica*. Barcelona: Laia, 1975.)

⁴² “Defensa de tesis en Amiens” (junho, 1975), em Louis Althusser: *Posiciones (1964-1975)*, Grijalbo, México, 1977. (Orig.: 1976)

Quando, quatro anos depois, Thompson retoma a questão *ab initio*, faz tempo que a unidade da corrente althusseriana rompeu-se e que a crítica do absolutismo da Teoria (acompanhado por seu propulsor)⁴³ apaziguou o desafio inicial,⁴⁴ neutralizando-o como propedêutico nas mais variadas disciplinas universitárias. *Miseria de la teoria* parece, então, irritar-se com um cachorro morto.

A segunda reserva tem a ver com o registro específico em que se desprega a escritura de *The poverty of theory*. Desde as primeiras páginas (sobretudo nas últimas), Thompson assume as supostas ofensas do teorismo althusseriano em uma primeira pessoa exclusiva que transforma sua linguagem mais expressiva e idiossincrática do que realmente argumentativa. É conhecido o viés subjetivo das intervenções de Thompson, assim como o frequente componente autorreferencial de seus escritos (em que experiência política ou historiográfica do autor resulta sempre decisiva); esses traços podem ser, às vezes, funcionais ou congruentes com uma prática intelectual antiacadêmica, desmistificatória e centrada em um intransferível compromisso pessoal. Nesse caso, entretanto, tratando-se das problemáticas relações entre História e Filosofia, os leitores que aspiram um exame racional e objetivo acham difícil compartilhar o tom de muitas passagens de *Miseria de la teoria* – a paixão vingativa, o anátema imperioso, a advertência apocalíptica –⁴⁵ ou

⁴³ A “*déviacion théoriciste*” é o *leit-motiv* da autocritica de Althusser em ALTHUSSER, 1974.

⁴⁴ Que essas características também eram válidas na Grã-Bretanha depreende-se das considerações críticas de Stuart Hall (que, aliás, foi o primeiro diretor da *NLR*, em 1960-61) a propósito da oportunidade da polêmica antiteoricista de Thompson. Cf. HALL, Stuart. In *Defence of Theory*. In: SAMUEL, R. (Ed.). *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981. p. 379.

⁴⁵ Exemplo: “Devemos liberar nossas mentes *agora mesmo*: se essa ideologia vem sempre a reclamar sua participação no poder, será tarde demais: essa noção de Teoria é como uma praga que se abateu sobre o espírito”. THOMPSON, 1981, p. 248, 254.

mesmo entender esses desabafos, exceto como atributos (não de um tratamento crítico do tema, mas do indivíduo Thompson). Igualmente thompsonianas (segundo uma análise anterior de sua polêmica prosa) parecem ser a “incontrolável necessidade de realizar uma caricatura do oponente” e “a tentação de um virtuosismo literário”, que excede “toda proporção ou prudência”, de modo que, em suas alegações “o estilo impõe o conteúdo”.⁴⁶ Em definitivo, descartada a redundância de muitas acusações e o problemático alcance de outras, aprendemos menos da teoria incriminada do que das convicções do incriminador. Então, não é por acaso que o texto ganhe em equilíbrio e em densidade quando o autor marginaliza Althusser do discurso e ocupa-se de articular suas próprias posições nos campos da historiografia e do materialismo histórico, coordenados por ele.

O aspecto mais estridente dos ataques cruzados do “antihumanismo teórico” ao “humanismo socialista” tem sido sempre sua apelação ao sarcasmo redutor. Nesse mútuo exercício solvente são clássicas as leituras de John Lewis por Althusser e, agora, a de Althusser por E. P. Thompson. Todavia, na medida em que tal forma de aniquilação supõe uma retórica medianamente eficaz, é evidente a diferença entre a ironia pesada do comunista francês à custa de seu colega britânico e o sutil e variado jogo satírico que Thompson oferece com os textos de Althusser. De todos os modos, a constante mobilidade dos recursos empregados em *Miseria de la teoria* (paródia, caricatura, metáforas, teatralização etc.) antes praticados, por exemplo, em *The peculiarities of the English* (e, que Anderson e Nairn figuravam como “primeiros marxistas brancos” entre os ignorantes aborígenes da Grã-Bretanha), é exercida sobre uma matéria já bastante caracterizada nesse sentido. As modalidades formais do discurso althusseriano – seu compacto dialeto, seus gestos de clausura, suas evoluções autistas, seu jargão, etc. –

⁴⁶ Cf. ANDERSON, 1966, p. 24. Anderson lamenta que Thompson ceda à sua “propensão para a ‘frase’ em detrimento da verdade” (Ibidem.).

tendiam, em seu estado natural, ao autorrelato paródico.⁴⁷ Por isso, quando Thompson se dedica a fazer paródia de Althusser, o resultado não pode ser mais que um exercício de pleonasma. O problema é que tanto esse divertimento como, no extremo oposto, uma demonização sem humor algum,⁴⁸ aparecem como sintomas de desinteresse ou cegueira frente ao conteúdo substancial das ideias de Althusser: ou seja, a apelação a uma reestruturação dos estudos marxistas, com a consequente reformulação de diversos problemas filosóficos e teórico-sociais. Qualquer que seja a opinião que mereça essa contribuição (e mereceram inumeráveis), é preciso formá-la tendo em vista o conjunto da argumentação e, por outro lado, o marco geral da cultura marxista, que Althusser, sem dúvida, contribuiu para diversificar. Por isso, resulta duvidosa grande parte da operação de Thompson, pois, consiste em fazer escárnio do texto a partir de alguns segmentos dissociados (dispositivo sempre facilitador, porém nesse caso ainda, pois o maneirismo da Teoria é uma evidência superficial que basta transcrever) e opor a essas frações um contradiscurso humanista “cujas conclusões”, como diria o autor, já “estão contidas em suas premissas”.⁴⁹ Em qualquer caso, elucida-se a ocasião escolhida por Thompson para esse ataque frontal.

The poverty of theory é o surto circunstancial de um mal estar do qual Thompson tinha dado amostras suficientes em anos anteriores. Inicialmente incorporado no rejeitado lote de teóricos importados pela nova esquerda, Althusser logo tornou-se, para ele, a personificação da modernização aberrante do Marxismo inglês. Tratado, ainda, com alguma condescendência na *Open letter to Leszek Kolakowski* de 1973 (o antecedente mais importante do ajuste de contas com a nova cultura

⁴⁷ Ao longo dos anos, chegou prontamente ao clássico do gênero no livro de Saul Karsz. (Cf. MERRIL, 1979, p. 311)

⁴⁸ Em um rápido amálgama, Thompson sugere que um “inferno feroz” como o de Camboja pode contar, entre suas fontes, com uma “dose de arrogância althusseriana”. Cf. THOMPSON, 1981, p.287-288.

⁴⁹ THOMPSON, op. cit., p. 107.

marxista), Althusser já representa, em 1976, “uma excrescência perfeitamente desenvolvida do idealismo”.⁵⁰ A gênese de *The poverty of theory* está nas fases de aclimação do Marxismo althusseriano na Inglaterra. O momento decisivo foi seguramente a emergência de um pós-althusserianismo provocativo que levou até as últimas consequências a opção pela teoria, rejeitando não só a possibilidade de uma “Ciência da História” (a característica apostada por Althusser) mas o próprio objeto da história (relegado a um jogo indeciso de representações). O livro de Hindess e Hirst, que designava como “empreendimento contraditório [...] a noção de uma história marxista”,⁵¹ apareceu em 1975 e atuou como um revulsivo do já maduro ressentimento de Thompson. Mais que um ato de agressão, *The Poverty of Theory* – esclareceu o autor em um debate em 1979 – foi um “contra-ataque” após uma década de alegações althusserianas à “tradição” historiográfica por ele representada (as acusações citadas são: “empirismo”, “humanismo”, “moralismo”, “historicismo”, “vazio teórico”).⁵²

O certo é que, significativamente, no mesmo ano em que Thompson quis tornar conhecida sua alegação, o historiador Richard Johnson apresentava um panorama de tendências do marxismo inglês em que althusserianismo configurava-se como “tradição secundária”, tão “naturalizada” no país como desvirtuante de seu enquadramento de mero “fenômeno parisiense”.⁵³ Nesse panorama, Thompson (proveniente da antiga corrente histórica doobbsiana, agora nitidamente diferenciada) era afiliado a um “culturalismo” antagônico ao crescente assédio althusseriano.

⁵⁰ MERRIL, 1979, p. 311.

⁵¹ Cf. Barry Hindess, Paul Q. Hirst: *Los modos de producción precapitalistas* (orig.: 1975). Península, Barcelona. 1979. p. 314.

⁵² THOMPSON, E. P. *The Politics of Theory*. In: SAMUEL, R. (Ed.). *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981. p. 401. O texto é a versão estendida de uma intervenção em dezembro de 1979. Cf. THOMPSON, 1981, p. 10.

⁵³ JOHNSON, Richard. Edward Thompson, Eugene Genovese and Socialist-Humanist History. *History Workshop Journal*, Oxford, n. 6, p. 79, outono 1978.

“Culturalismo” não é um rótulo conforme Thompson o tenha rejeitado com veemência;⁵⁴ de todos os modos, a admitida ênfase que pôs na “cultura” (com sua relacionada trama conceitual: modos e experiências de vida, pautas morais, organizações de valores, etc.) conduz-nos diretamente ao centro de sua historiografia. Não menos pertinente – dada a característica personalização dos enfoques thompsonianos – é a reorientação política que impulsionou o historiador nessa direção. Aqui, a referência chave é 1956 (data recorrente em suas digressões autobiográficas e cuja menção figura nas últimas linhas de suas três substanciadas polêmicas – na última, como dúvida saudada),⁵⁵ ou seja, no momento em que a invasão soviética na Hungria acaba, para muitos comunistas como Thompson, com as esperanças de desestalinização despertadas pelo recente XX Congresso do PCUS. No final de 1956, e ainda dentro do partido britânico, Thompson publicou uma acusação contra o stalinismo, na qual impugnava tanto “a mecânica personificação de forças de classes inconscientes” como “a eliminação de critérios morais nos julgamentos políticos”.⁵⁶ A profunda repugnância inspirada na práxis stalinista parece ter constituído, desde então, o núcleo mobilizador de uma filosofia alternativa que sustenta, convergindo ou fundindo, seus dois maiores empenhos: a defesa de um “socialismo humanista” (entendido também como “comunismo libertário”) e a construção de uma historiografia antideterminista

⁵⁴ THOMPSON, E. P. The Politics of Theory. In: SAMUEL, R. (Ed.). *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981. p.396-408; THOMPSON, 1981, p. 260.

⁵⁵ Cf. THOMPSON, E. P. The Peculiarities of the English. In: *The Poverty of Theory and other essays*. London: Merlin Press, 1978. p. 88 ; THOMPSON, E. P. An open letter to Leszek Kolakowski. *The Socialist Register*, Londres, v. 10, p. 187, ago. 1973 ; THOMPSON, 1981, p. 295.

⁵⁶ THOMPSON, E. P. Through the Smoke of Budapest. *The Reasoner*, n. 3, nov. 1956. Cit. em PALMER, Bryan D. *The Making of E. P. Thompson: Marxism, Humanism and History*, New Hogtown Press/University of Toronto, Toronto, 1981, p.47 e 51.

e dialética.⁵⁷ Esta última, promotora do que tem sido chamado de “história vista de baixo para cima” ou “história do povo”, dá maior atenção para a descrição das “experiências” (o momento irreprimível da interiorização das constrictões), assim como das condições de um agir humano (*human agency*) sempre orientado por valores. Esses valores, no entanto, são os que enraízam nas diferenciadas culturas de classe, e não os “valores” integrantes próprios do “sistema” global que postula a sociologia parsoniana. O desgosto invencível de Thompson pela ciência social funcionalista (e por seu derivado operacionalismo) une-se ao repúdio do marxismo determinista (provenha de Stalin ou de Althusser) à imputação conjunta de promover “uma idêntica reificação do processo histórico”.⁵⁸

Thompson iniciou sua obra histórica (como membro do brilhante *Historians’ Group* do Partido Comunista)⁵⁹ com *William Morris* que, em 1955, alojava “algumas devoções stalinistas” e também “uma ideia pouco reverente do marxismo como ortodoxia aceita”.⁶⁰ Depois da ruptura de 1956, sua reflexão teórica e política estaria marcada por uma acentuada preocupação na demarcação de áreas – e processos – da vida social resistente a um tratamento reducionista e midiático. Desse modo, seu bachelardiano “obstáculo epistemológico” (ou, nos termos de Thompson, o herdado “pseudoproblema”)⁶¹ estava constituído pela consensual distinção entre os níveis da base e a superestrutura,

⁵⁷ Ibidem, *loc. cit.*

⁵⁸ THOMPSON, op. cit. 1981, p.130-131.

⁵⁹ Uma avaliação do conjunto da história, dos interesses e opções do grupo pode ser encontrado em SCHWARZ, Bill. *The People’s in History: The Communist Party Historians Group. 1946-56*. In: R. Johnson, G. McLennan, R. Schwarz, D. Sutton (Eds.). *Making Histories. Studies in History-Writing and Politics* (Centro para Estudos Culturais Contemporâneos). Minneapolis: 1982.

⁶⁰ THOMPSON, E. P. *William Morris Romantic to Revolutionary*. Nova York: Pantheon Books, 1976. p. 769. As expressões correspondem ao “Postscript, 1976” desta versão revisada do livro de 1955. Cf. também “Entrevista”. p. 305.

⁶¹ Cf. THOMPSON, E. P. *The Peculiarities of the English*. In: *The Poverty of Theory and other essays*, London: Merlin Press, 1978. p.79.

entendidos como articulações exaustivas do todo social. Desde 1957, contrastando “a dicotomia base/superestrutura e a noção determinista [...] de que as ações dos homens não fazem mais do que *refletir* seu ser social”⁶², uma série de reservas críticas que aparecem de uma maneira episódica e intersticial em vários de seus escritos polêmicos. Um dos pontos de ataque preferidos tem sido o caráter figurativo da dicotomia e sua inadequação para um frutífero uso historiográfico: a dicotomia foi denunciada como metáfora inapta, “mecânica”,⁶³ incapaz de restituir “a dialética de um processo social transformador”⁶⁴ e também como fonte de erro que contaminava “as discussões sobre ideologia, estética, classe social”.⁶⁵ Se essa dialética é suprimida – pensa Thompson –, ela cai rapidamente nos vícios de um modelo que “explica” os fatos de um nível em termos de um contexto causal extrínseco. O reducionismo é precisamente esse deslize na lógica histórica: seu erro não consiste em estabelecer interconexões, mas em sugerir, por exemplo, que as ideias “são, em essência, o *mesmo* que o contexto causal”, que “podem reduzir-se... aos ‘reais’ interesses de classe que expressam”.⁶⁶

Rejeitada a dicotomia entre a base e a superestrutura – e as relações de forças assimétricas que a correspondem na formulação clássica –, o cânone da interpretação thompsoniana tenderá a se mover dentro da dupla mais flexível do “ser social/ consciência social”, apropriado para registrar as passagens

⁶² PALMER, 1981, p. 48.

⁶³ *Id.* “The Long Revolution. II”. *New Left Review*. p. 28, n.10, jul./ago., 1961,. Cit. em THOMPSON, E. P. An open letter to Leszek Kolakowski. *The Socialist Register*, Londres, v. 10, p. 120, ago. 1973.

⁶⁴ THOMPSON, 1978, p. 79.

⁶⁵ *Ibidem* 1973, p. 120. Thompson sugere que, em vez de uma metáfora de “engenharia de construção”, seriam preferíveis metáforas biológicas, orgânicas, vitalistas, geradoras, ainda que elas também sejam deficientes, pois “excluem a dimensão humana”. Cf. *Id.*, 1978, p. 79 e *Ibidem* 1973, p. 121.

⁶⁶ THOMPSON, 1978, p. 80.

da “experiência” e o entrelaçamento de determinação material e apropriação reflexiva. Essa é uma relação de diálogo⁶⁷ e, portanto, “vai em ambos os sentidos”: em particular a consciência (presente sob distintas formas culturais) exerce uma ação “retroativa” sobre o ser: “do mesmo modo que o ser é pensado, o pensamento é vivido”. Assim, para preservar o dinamismo interno, a relação entre o ser social e a consciência social – seu diálogo, interação ou “intercâmbio dialético” –, Thompson move o sujeito da determinação originada no ser social: é a “*experiência* transformada em *determinante*”,⁶⁸ no sentido de que é ela que exerce pressão sobre a consciência social e a mobiliza concebendo novas questões. Thompson entende a determinação como “fixação de limites”⁶⁹ e não como imposição necessária e independente da vontade, opta, assim, pelas variações semânticas que, em torno da mesma época, distinguia Raymond Williams⁷⁰ (o estudioso inglês mais parecido com suas abordagens e que comparte a perspectiva de um “materialismo cultural”).⁷¹ A

⁶⁷ Cf. THOMPSON, 1981, p. 21. O outro diálogo se dá entre a teoria e os dados empíricos (Ibidem., p.33, 67, 69). A epistemologia de Althusser resultaria incapaz de compreender “os dois ‘diálogos’” (Ibidem, p. 58).

⁶⁸ Cf. THOMPSON, op. cit. 1981, p. 20-21: Ibidem, 1978, p. 79.

⁶⁹ Ibidem, p. 172: THOMPSON, E. P. La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?. In: THOMPSON, E. P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Trad. de Eva Rodríguez. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1979. p. 35.

⁷⁰ WILLIAMS, Raymond. *Keywords, A Vocabulary of Culture and Society*. Nova York: Oxford University Press, 1976, p. 87-91 (voz: “Determine”); mas, sobretudo, Cf. *Idem*: WILLIAMS, R. *Marxismo e letteratura* (Orig.: 1977), trad. it. di M. Stetrema, Roma-Bari: Laterza, 1979. p. 110-118 (cap. “Determinazione”). O significado descartado por Thompson é o que Williams atribui ao “determinismo abstrato”.

⁷¹ Alguns desenvolvimentos e premissas comuns às obras de Thompson e de Williams (a desconstrução de “base/superestrutura”; a reticência sobre os conceitos de ideologia e falsa consciência; a ênfase central na experiência, o sentimento (*feeling*) e os valores; a recuperação da crítica social romântica; a sensibilidade ao testemunho “de época” de poetas e escritores; a matizada avaliação da cultura política trabalhadora, etc.) mereciam ser objeto de um

experiência é o inevitável “compromisso”⁷² entre o ser social e a consciência social, assim como entre a “pressão determinante” do modo de produção e as demais atividades.

Quando Thompson se refere à “experiência”, não a entende necessariamente como uma condição de classe, como o fato de que *certas* experiências podem ser configuradas (ou não), em certas circunstâncias, para a própria classe. “Classe” não é uma categoria estrutural deduzível de uma determinação econômica, mas uma situação contingente cuja possibilidade de existência depende das formas em que se organiza a *agency*; não deriva diretamente das relações “objetivas” de produção, mas de uma eventual maneira de experimentá-las. Quando essas “experiências comuns” levam alguns homens a articular a identidade de seus próprios interesses como “diferentes” (e correntemente opostos) ao de outros homens, pode-se dizer que a classe “aparece” (já que esta “não é uma coisa, é um acontecer”). Por sua vez, a consciência de classe é a incorporação dessas experiências em termos culturais: como “tradições, sistemas de valores, ideias

desdiscriminado estudo contextual. Este deveria mostrar as razões da maior vulnerabilidade do manejo thompsoniano dos *topoi* próprios do materialismo cultural, quem sabe como consequência de uma certa rigidez do próprio marco intelectual que não se encontra em Williams. Um vasto documento da permeabilidade deste último ao questionamento de distintos aspectos de sua grande obra e, portanto, uma mostra de sua aptidão autocrítica, pode-se encontrar em Williams, Raymond. *Politics and Letters. Interviews with New Left Review*. Londres: New Left Books, 1979. Da mesma forma, um exemplo perfeito do constante impulso de Williams para retornar a seus próprios textos com um olhar avaliador e um propósito de reformulação ou atualização, é *Towards 2000* (Chatto and Windus, Londres, 1983), onde lê retrospectivamente *The Long Revolution*, escrito em 1959 e procede a “sua direta reconsideração e, logo, [a] sua radical extensão e revisão”. Um dos aspectos revisados é a “perspectiva ‘nacional’” daquele ensaio, “também demasiado estreito para entender a nação em questão”. Cf. WILLIAMS, Raymond. *Hacia el año 2000*. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1984. p.30-31.

⁷² Cf. THOMPSON, op. cit. 1981, p. 160.

e formas institucionais”.⁷³ A dimensão *relacional* do conceito tornou-se mais pronunciada depois. Na discussão com Anderson e Nairn, além de criticar a “imaginação antropomórfica” em sua apresentação das aulas,⁷⁴ Thompson observa: “a classe é uma formação social e cultural [...] que não se pode definir abstrata ou isoladamente, mas somente em termos de relação com outras classes”. O corolário dessa ênfase será a prioridade histórica e teórica do conceito de luta de classes sobre o de classe: quem experimenta a exploração e identifica seus interesses como antagonônicos com os prevaletentes “começa a lutar por estas questões e no processo de luta descobrem-se como classe”: a consciência de classe é o descobrimento deste fato. Desse modo, tanto a classe como a consciência de classe “são sempre as últimas, não as primeiras, fases do processo histórico real”.⁷⁵

A fundamentação thompsoniana das classes, com o visível deslizamento do conceito à área multidimensional do “modo de vida”, suscitou diversas críticas no campo marxista;⁷⁶ com poucas

⁷³ Cf. THOMPSON, op. cit., 1977 (v. 1), p. 82.

⁷⁴ Nos artigos de Anderson e Nairn, as classes estariam dotadas dos “atributos de identidade pessoal, com vontade, objetivos, consciência e qualidades morais”. Neste e em outros lugares do texto, Thompson repete a desconstrução do processo de construção de metáforas que efetua o propósito de “base e superestrutura” com a mesma alegação historicista de que os processos complexos não podem ficar subsumidos em sínteses figurativas ou cristalizados em “metáforas personalizadas”: “When, in discussing class, one finds oneself too frequently commenting sentences with it, it is time to place oneself under some historical control [...] To reduce class to an identity is to forget exactly where *agency* lies, not in class but in men.” (Nota do Tradutor: “Quando, na discussão de classe, encontra-se a si mesmo com muita frequência comentando frases com ela, é hora de colocar-se sob algum controle histórico [...] Para reduzir a classe para uma identidade é esquecer exatamente onde *agência* mente, não em sala de aula, mas nos homens.”). Cf. THOMPSON, op. cit., 1978, p.69 e 85-86.

⁷⁵ Cf. THOMPSON, 1978, p. 85: Ibidem 1979, p. 37

⁷⁶ JOHNSON, 1978, p. 90-91 e 94-95 : HIRST, Paul. The necessity of theory. *Economy and Society*, v. 8, n. 4, p. 422-423, nov., 1979 : HALL, 1981. p. 384

variantes, todas elas centram a atenção na negativa de Thompson a reconhecer posições estruturais de classe que não deem lugar a relações intersubjetivas.⁷⁷ Thompson argumenta como se essa admissão automaticamente supusesse “que a classe é uma coisa”⁷⁸ (portanto, não uma comunidade assumida e uma ação regida por valores compartilhados), ideia que contrapõe o significado que resgata das obras históricas de Marx. Se a essa preferência une-se sua valorização da “dimensão histórica” de *O Capital* (em detrimento da análise crítica das categorias econômicas) e a recuperação do projeto inicial marxiano de aplicar o materialismo histórico em todas as esferas da vida social,⁷⁹ se adverte tanto o particular “caminho até Marx” de Edward Thompson quanto o resultado de sua leitura dos textos: o imperativo de descartar a “armadilha” da economia política e prolongar, em troca, o materialismo, agora histórico e cultural.

: JOHNSON, Richard. Against absolutism. In: SAMUEL, R. (Ed.). *People's history and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981. p. 392 : MCLENNAN, George. E. P. Thompson and the discipline of historical context. In: Johnson, McLennan, Schwarz. Sutton (Eds.): *Making Histories*. Minnesota: 1982. p.110-113 : COHEN, G. A. *Karl Marx's Theory of History*. A Defence. Oxford: Clarendon Press, 1978. p.73-77 : ANDERSON, Perry. *Arguments*, p. 31-32, 38-43, 46-49 (*Teoria*. p.34-35, 42-47, 51-54). Por outro lado, pode-se encontrar uma defesa inteligente da posição de Thompson no artigo de WOOD, Ellen Meiksins. El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos políticos*, México D.F., n. 36, abr./-jun. 1983. (Orig. em *Studies in Political Economy*, n.9, outono, 1982. A autora integra o conselho de redação da *New Left Review* desde 1984).

⁷⁷ “Pessoalmente, não vejo a classe como uma estrutura e menos ainda como uma categoria, mas como algo que acontece de fato [...] nas relações humanas.” “Uma classe define-se pelos próprios homens conforme vivem sua própria história e, em última instância, esta é sua única definição possível”. Cf. THOMPSON, op. cit., 1977 (v. 1), p.7 e 10.

⁷⁸ Essa fórmula negativa permite a Thompson questionar tanto o operacionalismo abstrato da sociologia como as alegações externas de uma teoria política que, diante do atraso da “consciência apropriada”, fomentaria sua “substituição” por “um partido, uma seita ou inclusive um teórico.” Cf. Ibidem, p. 8-9.

⁷⁹ Cf. THOMPSON, op. cit., 1981, p. 109-110 e 249-251.

Em declarações muito ilustrativas sobre o modo como enquadra sua própria obra dentro da historiografia marxista, Thompson manifestou situar-se diante dos textos marxianos com a intenção explícita de cobrir suas lacunas e articular o que não foi dito nesse discurso. Em uma espécie de “leitura sintomática” invertida, observou que o “‘vocabulário’ de Marx estava formado em parte por silêncios: supostos não articulados e reflexões não conscientes”. Os modos como o ser humano está “imbricado” nas relações de produção e as maneiras com que “as experiências materiais se moldam em formas culturais”, a necessária complementação dos modos de produção com os sistemas de valores “consonantes”, toda a área, enfim, da vida social interiorizada e da consciência moral e ativa constitui, para Thompson, um pesado “silêncio” do marxismo clássico. Desde *The making*, sua obra histórica conformaria, assim, a integração das partes ausentes (“tentei dar voz a esse silêncio”).⁸⁰

Embora tenha sido posta em questão a consistência desses enquadramentos com a perspectiva materialista de Marx, também é certo que a heterodoxia de Thompson é uma eventualidade não evitada, mas declarada (às vezes, de maneira estentória).⁸¹ Não o preocupa uma continuidade ideal com as grandes figuras fundadoras, mas um uso orientado e seletivo de sua obra. Usando uma frase em correspondência com William Morris, manifestou sua ambiguidade: “o importante [é] que Marx está do nosso lado, e não nós que estamos do lado de Marx”.⁸² Mas, mesmo que essa anexação deva se fundamentar, Thompson retornou continuamente ao tema. Não, significativamente, em suas investigações históricas (com alguma exceção)⁸³ – as poucas

⁸⁰ MERRIL, op. cit., 1979, p. 315-316.

⁸¹ “Introduzimos um termo, ‘cultura’ [...] que estou plenamente empenhado em defender, e defendê-lo *contra* Marx, se os marxólogos insistem que é necessário.” THOMPSON, 1981, p. 253.

⁸² THOMPSON, op. cit., 1981, p. 294.

⁸³ Cf. THOMPSON, E. P. La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?. In: THOMPSON, E. P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*:

referências a Marx em *The making of the English working class* são prescindíveis –, mas em seus escritos polêmicos, em que figuram diversas versões do modo como entende a disseminação do marxismo.

A mais comum delas se encontra na *Open letter* dirigida a Kolakowski. Ali distingue: 1) um marxismo como doutrina autossuficiente, completo e plenamente realizado nos textos clássicos; a variante admite diferentes ortodoxias e o que a tipifica é um sectarismo, em cada caso, excludente; 2) um marxismo entendido como método: acepção potencialmente frutífera, mas que contém tanto a possibilidade de um deslizamento para a variante anterior – por sua necessidade de fundamentação doutrinária – como, inversamente, a de dar cobertura ampla ao ecletismo e ao oportunismo; 3) um marxismo visto como herança: de modo essencial, consistiria na conversão de Marx em autor clássico; em particular, na Inglaterra, levaria também à inércia e ao ecletismo;⁸⁴ 4) uma última variante, que supera as inconveniências anteriores: o marxismo como tradição. Esta orientação, à qual Thompson se atribui, permite “pensar em uma pluralidade de vozes em conflito que, não obstante, argumentam dentro de uma tradição comum”. A questão consiste menos em demarcar essa última que em “definir como se situa dentro dela”. A recuperação do método de análise dialético (“a intuição [marx-engelsiana] de duplo aspecto das coisas, das contradições do processo”), aplicado sobretudo às relações entre o ser social e a consciência social, a substituição das “leis” marxianas por uma *lógica* de troca social e, em geral, o recurso aos controles empíricos (“intrínseco ao método do materialismo histórico”) integram o credo marxista de Thompson.⁸⁵ Em *The Poverty of theory*, reformula e restringe as variantes (em um sentido análogo

Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Trad. de Eva Rodríguez. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1979. p. 13-61.

⁸⁴ Cf. Ibidem, 1973, p. 110-116.

⁸⁵ Ibidem, p. 117-121.

à bipartição de *The peculiarities of the English*)⁸⁶: a contraposição dá-se, agora, “entre marx-ismo e tradição marxista”, sendo concebido, o primeiro, como sistema conceitual hermético que, em sua última encarnação – ao se identificar com a “ciência” e a “prática teórica” –, revela sua rigidez cadavérica, e entendida a segunda como tradição de busca aberta, empírica e autocrítica. Com sua óbvia afiliação a essa última, Thompson encadeia o tema da especificidade de seu trabalho naquela área dos “silêncios” de Marx, que explicaria o modo como a estrutura transmuta-se em processo, um entendimento só acessível com as mediações da experiência, o sentimento, a moralidade e os valores. Cumprida essa tarefa de resgate do que – presente no “capitalismo”, mas não no modo de produção capitalista – foi reprimido por Marx, “o sujeito volta a ingressar na história”.⁸⁷

Os argumentos de Anderson

Além da séria tarefa de demolição que motiva o desenvolvimento de *Miséria de la teoria*, esses argumentos também acomodam uma valiosa atualização do pensamento de Thompson nos momentos em que o autor repassa linhas de seu edifício teórico. No caso do livro de Anderson, mais definidamente articulado, seu interesse distribui-se entre o exame da crítica a Althusser e a apreciação geral da obra de Thompson, avaliação cuja amplitude e penetração carecem de antecedentes;⁸⁸ ao

⁸⁶ “marxist tradition” versus “marxist system”. Cf. THOMPSON, op. cit., 1978, p. 64 ; Ibidem, 1981, p. 257-259.

⁸⁷ THOMPSON, op. cit., 1981, p. 261-263.

⁸⁸ O livreto do canadense Palmer (cf. n. 53), aparentemente o único dedicado inteiramente à vida e obra de Thompson, apareceu posteriormente no trabalho de Anderson (e trata este com escassa simpatia). Sua utilidade deriva mais do rastreamento das múltiplas fontes localizadas em jornais e revistas com as quais Palmer sustenta as vicissitudes e a repercussão de uma trajetória intelectual e política que o biógrafo decidiu usar como exemplo do que como contribuição a um quadro medianamente equilibrado das conquistas

mesmo tempo, o texto contribui para fixar as preferências teóricas e as opções estratégicas da produção andersoniana.

Os *Arguments* procedem, segundo a intenção do autor, a um exame desdobrado: se ocupam de determinar a validade da impugnação de Thompson – tal como aparece exposto em *The Poverty of theory* – com sua própria obra de historiador. Ao que seguem a um propósito de alcance mais restrito: tratar de uma nova reviravolta para a elucidação da questão que enfrentou Thompson com a *New Left Review*; basicamente, Anderson equipara as culpas e reformula com maior precisão e equilíbrio as imputações de então numa tentativa de resolver “parte da falsa divisão”⁸⁹ que afetou a “nova esquerda” nos anos sessenta.

Quanto ao julgamento sobre o ataque a Althusser –, este é assumido manifestadamente por Anderson “na ausência de candidatos mais adequados” (são conhecidas as reservas que merecem a filosofia althusseriana),⁹⁰ mas, de modo preciso, o impulso que o move é a avaliação de uma conjuntura especial; a confrontação, primeiro de certo fôlego no campo marxista, de um historiador inglês com uma filosofia “continental”. Então, mediando entre os respectivos quadros teóricos – e reconstruindo seus contornos cada vez que seja necessária a dupla circulação da análise textual – Anderson afirma um terreno de arbitragem que evoca de imediato suas próprias preocupações de síntese entre os problemas específicos da historiografia e a consistência filosófica dos conceitos do materialismo histórico.

A princípio, existe uma básica zona de acordo entre o autor de *Arguments* e o de *The Poverty of theory*: tanto em sua versão original como nas derivações independentes de alguns epígonos, a atitude do althusserianismo diante da prática do historiador revela um prejudicial viés epistemológico que dilui a autonomia da “evidência empírica” com a qual este opera. Em termos mais

de Thompson, tarefa para a qual não dispunha muito seu monótono entusiasmo.

⁸⁹ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 155.

⁹⁰ Op. cit., 1985, p. 3: Ibidem, 1979, p. 74-75 e 89-90.

gerais, o spinozismo residual da epistemologia althusseriana (com sua oclusão do problema das “garantias” do conhecimento) faz com que o esquema da produção de conhecimentos desdenhe perigosamente a relevância dos dados empíricos. Do mesmo modo, são as falhas da construção de Althusser que um historiador profissional faz bem em ressaltar. O ponto de maior coincidência de Anderson com os protestos de Thompson está na raiz de seu comum desgosto pelas derivações pós-althusserianas do teorismo (ou seja, a orientação de Hindess-Hirst); *reductio ad absurdum* – dizem em uníssono –, porém, essa redução é, para Thompson, a da *lógica* althusseriana e, para Anderson, somente “algumas ideias” de Althusser.⁹¹

Em geral, essas admissões (espaçadas no texto) servem para que Anderson sinalize o outro lado da moeda: o aspecto ignorado ou desvirtuado pelo crítico, geralmente em virtude de uma leitura impaciente ou capciosa. Qual é, em cada um dos diversos pontos problemáticos, o conceito ou esquema alternativo que Thompson oferece? Os erros que este denuncia (e também os que ignora) têm, muitas vezes, sua contrapartida em erros thompsonianos inversos. Se Althusser reduz a experiência a um puro engano, Thompson a eleva à instância irrevogavelmente criadora; se, para Althusser, a história é um “processo humano natural sem sujeito”, Thompson vê nela os “agentes sempre frustrados e sempre remanescentes de uma prática não dominada” (fórmulas igualmente apodícticas e especulativas). Enquanto as relações entre história e teoria, a limitada cultura histórica de Althusser, assim como seu desdenho pela historiografia profissional, encontram sua viciada réplica na suspeita thompsoniana para com os filósofos e em um visível menosprezo pelas inovações teóricas sobre o conceito de história. Anderson, desejando a unilateralidade

⁹¹ Cf. THOMPSON, op. cit., 1981, p. 194 (Ibidem, 1981, p. 11); ANDERSON, 1980, p. 125 (Ibidem, 1985, p. 139). Para uma revisão do conjunto das sucessivas estações teórico-políticas de Paul Hirst (em grande medida, as mesmas de Barry Hindess) “desde o marxismo estrutural ao não-marxismo pós-estrutural” e do “leninismo ao trabalhismo”, veja o recente trabalho de ELLIOT, Gregory. *The Odyssey of Paul Hirst*, *New Left Review*, n.159, p.81-105, set./out., 1986.

perniciosa de cada perspectiva levanta precisamente a razão de sua mútua imprescindibilidade: “a história marxista é impossível sem a construção formal dos conceitos teóricos que não são os da ‘historiografia em geral’: porém estes conceitos só produzem verdadeiro conhecimento se derivam de uma investigação histórica controlável e retornam a ela”.⁹²

A respeito do segundo requisito (conceitos + história), Anderson indica a existência de investigações marxistas que o tomam em conta, o primeiro (história + conceitos) é o eixo de sua avaliação de Thompson. Este é uma contribuição valiosa do livro de Anderson, pois sua análise não apela a nenhum reducionismo ou enquadramento facilitador. Deve-se ter em mente que o habitual nos estudos críticos da obra de Thompson tem sido subsumi-la – em companhia da de Eugene Genovese e Raymond Williams e, ocasionalmente, também da corrente dos *History Workshops* –⁹³ em um “culturalismo” cujas premissas atacam-

⁹² ANDERSON, op. cit., 1985, p. 155.

⁹³ Sobre o caráter e a origem dessa corrente, veja: o “Afterword” do citado volume de SAMUEL, R. (Ed.), *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981 ; TANDETER, Enrique. Historia popular: recuperar la experiencia e a contigua Reportaje a Raphael Samuel, *Punto de vista*, n. 14, p. 11-13, mar./jul., 1982. De WILLIAMS, R. ver seu fundamental *Culture and Society*, Penguin, Harmondsworth, 1979 (a ed.: 1958), a compilação *Problems in Materialism and Culture*. Londres: Verso, 1980, e os textos anteriormente citados (n^{os} 4, 67 e 68); além disso: ALTAMIRANO, Carlos. Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura, *Punto de vista*, n. 11, p. 20-23, mar./jun. de 1981, ; SARLO, Beatriz. Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad [apresentação e entrevista dos nomeados] *Punto de vista*, n. 6, p. 9-18, jul., 1979; EAGLETON, Terry. *Criticism & Ideology*, Londres: Verso, 1978, cap. 1 (que retoma um texto de 1976) e a réplica de BARNETT, Anthony. Raymond Williams and Marxism: A Rejoinder to Terry Eagleton, *New Left Review*, n. 99, p. 47-64, set./out., 1976. As razões da assimilação do historiador norte-americano Eugene Genovese ao “culturalismo” inglês podem ser vistas no artigo citado de JOHNSON, 1978, p. 82-83. Cf. também HINDESS, B. ; HIRST, P., 1979, p. 153-161 ; GENOVESE, Eugene D. *Economía política*

se desde um modelo antagônico fortemente marcado pelas prevenções althusserianas e estruturalistas.⁹⁴ Anderson procede de outro modo: extrai algumas noções básicas da historiografia thompsoniana e, depois de explorar sua consistência, verifica os pressupostos que suportam os requisitos teóricos mais amplos de todo um setor do conhecimento histórico ou político. A rejeição – completa ou condicionada – do tratamento que Thompson dá a seus temas não deriva tanto da impugnação de um paradigma interpretativo (culturalismo, historicismo ou qualquer outro), como de sua real inadequação aos princípios explicativos de uma trama precisa do desenvolvimento histórico. Assim – e, em seguida, para credenciar uma preocupação sem precedentes de Thompson (entre os historiadores marxistas) e enfrentar os problemas conceituais da disciplina –, Anderson se demora em persuasivas distinções semânticas e tipológicas a propósito de termos thompsonianos tão decisivos – e enlaçados – como “experiência” e “agency”; assim, mostra deslocamentos de sentidos ou superposições categóricas que invalidam grande parte da polêmica antialthusseriana.

No entanto, o lugar responsável por qualquer avaliação das posições de Thompson é, sem dúvida, *The making of the English working class*: uma parte considerável da crítica de

de la esclavitud. Barcelona: Península, 1970 (orig.: 1966) e *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, Nova York: Vintage, 1974. Uma mostra indicativa da vertente norte-americana da “história vista de baixo” figura em BERNSTEIN, Barton J. (comp.): *Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos*, Barcelona: Península, 1976 (orig.: 1968).

⁹⁴ Diferente de seus pares franceses, os althusserianos britânicos não evitam as afinidades de sua opção teórica com a de um estruturalismo generalizado. Cf. JOHNSON, op. cit., 1978, p. 79. Por outro lado, a mesma depreciação do “materialismo cultural” para “culturalismo” indica a intransigência dos críticos. “‘Culturalismo’ é uma categoria inconcebível fora dos códigos althusserianos”, observam NIELD, Keith ; SEED, John. *Theoretical Poverty or the Poverty of Theory: British Marxist Historiography and the Althusserians*, *Economy and Society*, v. 8, n. 4, p. 404, nov., 1979.

Anderson versa sobre essa obra. O exame que se concentra na “estrutura lógica” da argumentação ali apresentada não encontra justificadas as principais teses sobre a classe operária inglesa: a “codeterminação” desta pela ação (*agency*) e o condicionamento; a *consciência* como base da noção mesma e o ano 1832 como o fim de sua “formação” acabada. Anderson apela à necessidade do controle empírico das postulações teóricas (a mesma reclamação de Thompson aos althusserianos, ainda que a simetria não seja explícita): a falta de “coordenadas objetivas” sobre o modo como o capitalismo industrial moldou a classe trabalhadora e sobre a mesma dimensão dessa última não é compensada pela brilhante descrição da cultura trabalhadora no período estudado.⁹⁵ O comentário não alude às explicações que Thompson deu a respeito da ausência, em seus escritos, de “análises econômicas sérias”,⁹⁶ mas o certo é que a segunda razão alegada – a saber: que uma tácita divisão do trabalho permitia-lhe concentrar-se no que fazia melhor – não suprime a impressão de uma síntese truncada, já que *The making* não incorpora esse outro corpo de dados como elementos de sua própria explicação. O que reconstrói a “história vista de baixo para cima” é uma experiência subjetiva cujo enlace com as determinações materiais postula-se, porém não se explicita. Por isso, Anderson pode falar de uma gestação da classe trabalhadora como resultado da “simples dialética” de sofrimento e resistência.

Isso leva à segunda questão, de alcance mais geral: são *constitutivas* da classe as experiências comuns (com sua projeção na reivindicação de interesses compartilhados)? O autor dos *Arguments* une-se aos críticos de tal concepção (principalmente Cohen) e mostra que quando Thompson introduz, mais a frente

⁹⁵ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 34-35.

⁹⁶ “Tenho camaradas e companheiros como John Saville e Eric Hobsbawm e muitos outros, que são historiadores econômicos muito sólidos. São melhores nesse sentido do que eu”; “se faz parte de um grupo coletivo [...] você tende a pensar que esse trabalho acompanha a si mesmo e te concentra no que faz de melhor”. Cf. MERRIL, op. cit., 1979, p. 318.

– na “sociedade inglesa do século XVIII” –, a luta de classes como “conceito prévio e mais universal”, deixa inalterada a dificuldade básica inicial, que consiste em equiparar classe e experiência de classe (a luta de classes não seria mais que uma fase prévia do definidor “autoconhecimento coletivo” da classe).⁹⁷ Essa segunda objeção forma sistema com a anterior, pois o que Anderson via como “codeterminação” não demonstrada de ação e condicionamento complementa-se agora com uma definição unidimensional que não explica o status teórico dos agrupamentos sociais carentes de “cultura” ou tradições de luta classistas. Em relação ao muito específico terceiro ponto – a definição de 1832 como a culminação do processo “formativo” da classe trabalhadora inglesa–, o autor recorda que o mesmo Thompson relativizou tacitamente essa data (no epílogo de 1968 de *The making*) ao reconhecer que a unificação cartista de classe ficou anulada no período seguinte. Nesse contexto, note-se que, *The peculiarities of the English* (1965) já se distanciava de *The making* (1963) na redução da margem da iniciativa trabalhadora e na substituição da experiência inglesa dentro do marco geral dos países industrializados.

A avaliação da principal obra de Thompson é um dos principais motivos de *Arguments*; outros são a discussão da teoria marxista e a apreciação do pensamento político de William Morris.

Para situar a polêmica com a versão thompsoniana do legado marxista, deve-se levar em conta que esta última baseia-se em uma singular leitura dos textos de Marx que carece de antecedentes, seja na corrente principal em que Thompson se insere, a historiografia marxista inglesa, ou no materialismo cultural de Raymond Williams, sua referência conceitual mais assídua. Nem em um, nem em outro (Cf., por exemplo, o trabalho que faz Hobsbawm com a noção de “consciência de classe”,

⁹⁷ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 42, 46: THOMPSON, E. P. La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?. In: *Idem. Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Trad. de Eva Rodríguez. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1979. p. 37.

Rude com “ideologia” e Williams com “determinação”), a inspeção das categorias marxianas supõe o resgate de um paradigma perdido ou acredita como enfraquecido um projeto intelectual por incompatibilidade com suas realizações mais maduras. Esse paradoxo é original de Thompson, quem, de fato, inverte o roteiro da odisseia de Marx: quanto mais distante das obras de “ruptura”, mais próximo do universo de seu rival ideológico. Assim, enquanto, na década de 1840, o esboço do materialismo histórico era altamente promissor, nos anos seguintes, Marx ficou cativado pelo que, no começo imaginou ser uma fase transitória: a economia política (que deveria ser rapidamente demolida) pegou-o em um circuito infernal de suas categorias a-históricas e o programa inicial permaneceu como um conjunto de hipóteses gerais. O revés de Marx, perfeitamente localizável, consistiu em ignorar a “linha conceitual invisível”, além da qual as abstrações do “capital” (um objeto setorial) carecem de pertinência para a análise do “capitalismo” (o processo global). Por isso, que, Thompson não faz parte do consenso que vê com admiração, nos *Grundrisse*, o enredo múltiplo de abordagens críticas e inovadoras imperfeitamente representadas em *O Capital*. Em sua opinião, a trama misturada daqueles rascunhos constituiu, para Marx, uma armadilha mortal, da qual foi salvo no último momento (mas só em parte), pelo inspirador antiteleologismo de Darwin – 1859: *A origem das espécies* – e pela inserção, em seu texto – como frutífero contrapeso –, de hipóteses históricas. Porém, dividido entre a viciada lógica das categorias econômicas e o deslocado enxerto de história concreta, *O Capital* resultou em “uma inconsistência monumental”.⁹⁸ Essa é a razão pela qual o legado mais firme de Marx não está naquelas partes de sua obra com vocação de “sistema”, mas os princípios gerais da abordagem materialista para um estudo plural da sociedade; seguindo a primeira linha, chega-se a um marxismo árido e falacioso (cujo representante nobre é Althusser); prolongando a segunda, edifica-se uma “tradição” marxista de investigações históricas que

⁹⁸ THOMPSON, op. cit., 1981, p.104-110.

caracteriza o permanente diálogo entre conceitos provisórios e dados empíricos. Em última análise, a via thompsoniana leva a identificar o materialismo histórico com uma auto corretiva prática historiográfica.

A réplica de Anderson não se estende à reivindicação do projeto maduro de Marx – a crítica da economia política –, sem iludi-la, basta recordar a pertinência da área em que se concentrou o trabalho de Thompson e o caráter que, nesse contexto, reveste o modo de produção capitalista como “novo objeto histórico”. Anderson e Thompson coincidem em recusar o princípio de autoridade. Se, apesar de seu declarado desinteresse em investigar a letra de Marx, Thompson se deixa arrastar a contínuos e densos achados deste (e de Engels), Anderson, por sua vez, deixa de lado leituras alternativas. Um singular contraste existe na calma marxológica de *Arguments*, que assume uma matriz clássica, evocada com bastante laconismo, e a reiterada invocação de páginas marxengelsianas em um texto que impugna o fundamentalismo doutrinário; de fato, *The Poverty of theory* mobiliza-os para deixar claras as distorções de Althusser. Moderado na refutação dessa denúncia, Anderson, por outro lado, é enfático na defesa das inovações – conceituais e terminológicas – da escola atacada; “resultado analítico” como a combinação de elementos invariáveis (produtor, não produtor, meios de produção) e relações básicas (apropriação, propriedade) aparecem como avanços decisivos – e aperfeiçoáveis (cf. referência a Cohen) – pelo “tipo de clarificação conceitual sistemática”⁹⁹ que introduzem nos estudos sociais. Contra o ceticismo de Thompson, essas conquistas reais permitiram impulsionar importantes investigações empíricas: Anderson exhibe a produtividade do althusserianismo citando os trabalhos de Poulantzas, Aglietta, Therborn, Establet-Baudelot, Wright, Rey, etc., em um esforço para convencer o crítico de suas infundadas anátemas (a “praga para o espírito”, o ataque à “razão mesma” etc.).

Em um desenvolvimento mais específico em torno da *vexata*

⁹⁹ ANDERSON, op. cit., 1985, p.71-72.

quaestio de “base/superestrutura”, Anderson mostra que as laboriosas revisões da metáfora – sua substituição por outra “vegetativa”, ou “orgânica” etc. – não podem cancelar a distintiva nota de *assimetria* dos níveis, uma vez que se aceitou a primazia das determinações econômicas na história. Thompson, não nega essa primazia, mas se torna impaciente com os “malditos níveis”¹⁰⁰ que se mostram. Dessa maneira, esquece a insistente demarcação de Althusser entre o objeto de conhecimento e o objeto real. O exemplo que alega para dissipar a construção althusseriana – a ubiquidade do Direito na Inglaterra do século XVIII – revela a presença efetiva do Direito em diferentes esferas na sociedade, porém não suprime a necessidade de conceitualizá-lo com nível específico da formação social; a mesma enumeração que Thompson faz (resumindo os resultados de seu *Whigs and Hunters*) indica o predomínio inquestionável do Direito como sistema ideológico. Com seu característico trabalho de confrontação e ligação entre as descrições históricas e pontualizações teóricas, Anderson conecta a riqueza empírica dos achados de Thompson (e de Douglas Hay) às declarações programáticas de Althusser e Poulantzas.

No entanto, é mais visível o distanciamento do enfoque de Thompson de uma possível integração com os conceitos althusserianos – e ainda marxistas – nos tópicos culturalistas centrados na experiência e a apelação de valores. Em particular, a temática da moralidade – uma das principais ênfases de *The Poverty of theory* conduz Thompson, em algumas ocasiões, a entender a história como verificação de opções morais individuais que o presente deve reassumir ou condenar. A contraposição de Swift e Walpole, apresentada tanto neste como em *Whigs and Hunters*, dá motivos para que Anderson avalie as representações do escritor e do político e matize criticamente seus perfis. Porém, a figura histórica que Thompson admira por sua “apelação à consciência moral como agente vital da troca social” é William

¹⁰⁰ THOMPSON, op. cit., 1981, p. 157.

Morris, sobre quem compôs uma grande biografia intelectual e política.¹⁰¹ Os capítulos finais do livro de Anderson (posteriores à refutação do suposto “stalinismo” de Althusser e à elucidação da diferença entre Thompson e o grupo da *New Left Review*) têm como eixo uma apreciação do socialismo e da utopia de Morris. Partindo das opiniões do biógrafo, o exame estende-se para uma visão geral do papel da utopia no pensamento socialista, associando esse tema ao mais amplo da estratégia política.

Para Thompson, a trajetória socialista de Morris e sua desaproveitada herança exemplificam o desencontro de duas tradições intelectuais: a crítica romântica do capitalismo (moralmente fundada) e a política do marxismo ortodoxo (baseada no socialismo científico). A impossibilidade de sua frutífera união estava registrada na natureza da contribuição morrisiana: uma fundamentação moral da prática transformadora para a qual o socialismo partidário somente podia demonstrar indiferença ou hostilidade. A significação dessa ocasião perdida revela-se plenamente no desenvolvimento histórico posterior: não somente o marxismo careceu de uma dimensão moral para sustentar sua prática revolucionária, mas que, no plano teórico, demonstrou sua cegueira diante do papel dos valores, da imaginação e do sentimento na ação social. Citando aprovativamente (no epílogo da edição revisada de *William Morris*) o ensaísta francês Miguel Abensour, autor, também, de uma obra sobre o utopista inglês, Thompson insistiu sobre a temática do desejo como um núcleo da perspectiva morrisiana absolutamente inassimilável para um marxismo irreversivelmente científico. Em suma, como “não se pode reduzir o desejo pelo conhecimento”,¹⁰² o marxismo deveria abandonar suas pretensões abrangentes e aceitar que um amplo segmento da cultura lhe estará sempre proibido.

O julgamento de Anderson sobre essas teses encadeadas articula-se em sucessivos momentos analíticos com base na

¹⁰¹ THOMPSON, E. P. *William Morris Romantic to Revolutionary*. Nova York: Pantheon Books, 1976. p. 721.

¹⁰² *Ibidem*, p. 807.

observação preliminar de que as relações entre Morris e o marxismo devem dar lugar a uma explicação histórica e não ontológica. Thompson revelou pouco discernimento ao adotar, com o tópicos do desejo, as turvas ressonâncias de uma moda característica do “irracionalismo parisiense”.¹⁰³ Há uma sutil ironia nessa censura ao furioso injuriador das modas dessa origem: lembre-se da nuvem de gafanhotos “provenientes de Paris”, que cruzava o canal da Mancha e “em um instante” devastava a paisagem cultural inglesa.¹⁰⁴ Em particular, a oposição entre desejo e conhecimento tende a fechar uma inspeção racional do conteúdo da utopia. Enquanto, nesse terreno, Thompson relega à ciência e à teoria política contra a imaginação e a literatura criadora, Anderson acredita ser possível superar esse veto e reconstruir histórica e politicamente os marcos do pensamento utópico de Morris, além de entender também, o escasso rastro de tal pensamento no socialismo do século XX. Por isso, resulta mais instrutiva a leitura de outro livro importante sobre Morris que apareceu nos anos 1970: uma obra do comunista francês Paul Meier (tradução, *William Morris, the Marxist dreamer*), desqualificada por Thompson sem grandes fundamentos.

Como o trabalho de Meier é um estudo detalhado da principal novela utópica de Morris, *Notícias de nenhuma parte*, é possível – seguindo o autor – avaliar as principais características da imaginada sociedade futura e confrontá-las com as ideias (explícitas ou deduzíveis) de Marx e Engels. O resultado é muito

¹⁰³ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 178.

¹⁰⁴ Os insetos althusserianos deixavam os ramos “nus de toda cultura” e os campos “despojados de toda fibra verde de aspiração humana”. Nesse marco desolado, “a prática teórica [anunciava] seu ‘descobrimento’, o modo de produção”. Como sugere Thompson em outra parte de *Poverty*, às vezes as analogias “podem ser mais esclarecedoras que a própria argumentação” e por isso “merecem uma leitura ‘sintomática’”. No caso de suas lagostas parisienses, o sintoma encontrado foi: “xenofobia”. Cf. THOMPSON, op. cit., 1981, p. 256 e 163; HIRST, Paul. The necessity of theory. *Economy and Society*, v. 8, n. 4, p. 419., nov. , 1979.

ilustrativo, pois enquanto alguns aspectos (a abundância material permitida por uma tecnologia avançada, o desaparecimento do Estado, o direito e as fronteiras nacionais, a ampla igualdade e a autorregulação da vida social) parecem compatíveis com a prospectiva marxengelsiana, outros distanciam-se desta consideravelmente. O renascimento do trabalho artesanal, a cristalização das forças produtivas, o isolamento da ciência, o dismantelamento da educação, a falta de interesse pela História e Literatura etc., contrastam com as deduções teóricas e as preferências tácitas dos fundadores do materialismo histórico; por outro lado, contribuem para precisar a singularidade da fantasia de Morris. Duas características, sobretudo, mostram as limitações de seu gênio: uma inclinação a inverter, em termos rígidos, a presente valorização do trabalho manual e o trabalho intelectual, elevando abruptamente o primeiro e degradando ou marginalizando o segundo; e, em particular, a “repressão” da história do capitalismo, fundada na rejeição das produções da civilização burguesa, que excede, ainda as prevenções da tradição romântica a que Morris pertencia. Nesse ponto, segundo Anderson, está o equívoco de Thompson quando julga que um comunismo como o de Morris, derivado da lógica dessa tradição, necessariamente produziria um utopismo político-moral inacessível ao marxismo. Então, o romance de Morris (declaradamente escrito contra o futurismo neobenthamista de Bellamy em *Looking backward*) reproduz uma antinomia – entre romanticismo e utilitarismo, exaltação do trabalho artesanal ou paraíso da organização industrial – que o materialismo histórico propõe-se superar, fomentando as condições que levam à comum “morte piedosa” (segundo frase de *Grundrisse*).

No que concerne ao posterior destino do utopismo de Morris – fechado, segundo Thompson, por um marxismo hostil a seu conteúdo moral *Notícias de nenhuma parte*, deve se entender – na ótica de Anderson – pela excentricidade de suas características quietistas em uma época dominada pelos problemas científicos e industriais ou diretamente, como na URSS, pelo objetivo de um crescimento econômico acelerado. Porém, um aspecto

central desse utopismo – o vínculo do ideal social com a prática transformadora – reaparecerá na nova “relação entre política utópica e política cotidiana”¹⁰⁵ que propõe, em nossos dias, Rudolf Bahro, cuja *Alternativa* supõe (ao contrário de Morris) o desenvolvimento da ciência moderna e a complexidade crescente da sociedade industrial, enquanto por outro lado (e a diferença do marxismo clássico), concede a política um papel relevante na gestão social.

Enquanto Thompson cria paradigmas para Morris, como o utopista genial e cujo impulso ético e faculdades imaginativas propõem um modelo inalcançável para o pesado socialismo partidário, Anderson se estende mais na valorização da outra metade de seu pensamento político, inexplicavelmente descuidada pelo biógrafo em suas significativas articulações. Assim, em uma inovadora recapitulação da reflexão estratégica morrisiana, põe em relevo, no marginalizado socialista inglês, uma capacidade de penetração política unida a uma lúcida intransigência revolucionária que, para sua época, são absolutamente originais: na história do marxismo, as exortações e os pronunciamentos de Morris constituem “o primeiro combate frontal com o reformismo”.¹⁰⁶ O julgamento é importante, porque atribui a Morris um discernimento superior ao que mostraram Marx e Engels a propósito da base política que sustentava a moderação do movimento trabalhista britânico. Mais familiarizado com o baluarte das ilusões reformistas – “o parlamento democrático e burguês” –, Morris pôde contemplar “o reformismo cara a cara, enquanto Marx e Engels meramente vislumbravam com o canto dos olhos”;¹⁰⁷ sua denúncia de tais expectativas figura em uma série de escritos dos anos 1980, uma década antes da generalização do debate sobre as posturas reformistas em torno da polêmica do “revisionismo”. Assim mesmo, seus programas ou conjunturas revolucionárias atestam uma imaginação histórica (em 1887, por

¹⁰⁵ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 192.

¹⁰⁶ Op. cit., 1985, p. 194.

¹⁰⁷ Ibidem, p. 195.

exemplo, propicia um “poder duplo” que só seria realidade neste século) cujos alcances não são menores do que aqueles de sua imaginação utópica; incluso na novela desse caráter – *Notícias* –, a “grande transformação” evocada retrospectivamente é, de fato, o resultado bem-sucedido de uma verossímil luta de classes.

Confrontada com o de Thompson, a aproximação de Perry Anderson da obra de Morris parece ilustrar a distância entre uma “ênfase na cultura” e uma “ênfase no poder”, segundo a observação feita por Thompson para condensar as diferenças de orientação entre ele e Williams por um lado, e Anderson pelo outro.¹⁰⁸ A distinção, aceita – com alguns tons – nas páginas finais

¹⁰⁸ MERRIL, op. cit., 1979, p. 310. Partindo de dois “tipos distintos de consciência histórica transmitida”, o que diferenciava Anderson de Thompson – e de Williams – era que o primeiro falava “muito de poder e estruturas, e muito pouco da cultura e a interiorização da experiência” (Ibidem). No marco dessa contraposição, Anderson se mostrou habitualmente mais receptivo à produtividade do pensamento de Raymond Williams, cuja obra acumulada representou sempre para ele um vetor decisivo do socialismo inglês. Já em *Socialism* (1966) era significativo o contraste entre o tom áspero utilizado com Thompson e os reconhecimentos que se prodigalizavam para Williams, auto não só da conquista teórica mais importante do “pensamento social inglês” no último decênio (*The long revolution*), mas de um conjunto de obras “magnificamente densas e persuasivas” que, na Inglaterra, constituía o cume da reflexão socialista. Na medida em que encarnava o “idealismo mais generoso e humano”, qualquer desenvolvimento do marxismo inglês devia tê-lo como referência e se afirmar mediante um “real diálogo e comunicação com ele” (*Socialism*, p. 23, 32). Mais adiante (1979), o diálogo propiciado teve um momento culminante na entrevista que a *NLR* realizou com o escritor (*Politics and Letters*, 1979). Porém, antes ou depois dela, Anderson evocou em diferentes oportunidades o testemunho de Williams. Em *Arguments*, por exemplo, para opor com vantagem sua aceção do “alargamento da cultura marxista britânica” (*Teoria*, p. 143) dos *parti-pris* que estorvavam uma atitude análoga em Thompson; e em um panorama anterior da “cultura nacional”, para eximir sua figura do agonizante ditame que recriava sobre esta; Williams havia sido “o homem capaz de criar um pensamento socialista totalizante” em meio de uma cultura que, “em todos os seus setores, reprimia a ideia de totalidade e a atitude da razão crítica” (ANDERSON, 1977, p. 122. Há outra

de *Arguments*,¹⁰⁹ pode servir para recordar a permanência de um núcleo mobilizador nos diversos trabalhos do autor. No entanto, convém desconstruir a síntese de Thompson: a “ênfase no poder” próprio de Anderson e da *New Left Review* consistiu na apelação a uma reflexão histórica e política capaz de sustentar uma recuperação contemporânea do pensamento estratégico como centro dinâmico da teoria marxista. A própria natureza do empenho exigiu uma inspeção crítica das diversas heranças transmitidas, assim como a afirmação de uma perspectiva internacional na captação dos problemas e das situações. Fixado esse horizonte, as ligações mediadoras podiam retrair consideravelmente a atenção para elementos formativos da sociedade moderna, imersos em um passado imperfeitamente discernido até então. Em todo caso, tal propósito conectava a preocupação política pela história a uma leitura histórica do presente político.

Na obra em curso de Anderson, afluentes desse programa, podem se distinguir três zonas de interesse (que às vezes solapam seus conteúdos): 1) a excepcionalidade político-cultural inglesa; 2) o mutável estado internacional da teoria marxista; 3) as premissas políticas e os lapsos de consolidação das revoluções (burguesas e socialistas).

Uma das primeiras características da análise andersoniana foi o comparatismo, a convicção de que o acesso ao objeto examinado está mediado pela apreensão da estrutura que o engloba: o conhecer pelas diferenças. Os trabalhos que, nos anos 1960, focalizavam o contraste da sociedade e da cultura

versão espanhola desse texto, publicada originalmente na *NLR*, n. 50, jul./ago., 1968 e no ano seguinte na compilação *Student Power*) Cf. ANDERSON, P. “Componentes de la cultura nacional”, em COCKBURN, Alexander ; BLACKBURN, Robin (Eds.): *Poder estudiantil*. Problemas, diagnósticos, actos. Caracas: Tiempo Nuevo, 1970.

¹⁰⁹ Sem mencionar Williams, Anderson reconhece que a “distribuição do peso” de cada tipo de interesse diferia efetivamente um do outro, embora Thompson tivesse sua própria concepção de poder e, por outro lado, as questões culturais estivessem presentes entre os temas da *NLR*. Cf. ANDERSON, 1985, p. 227.

inglesa com outros países da Europa, participavam da abordagem oposta ao que Anderson chamaria, mais tarde, de “paróquia”.¹¹⁰ O motivo desses estudos foi a urgência política de compreender um presente pouco alentador: a sociedade britânica desse século constituía um “caso único” entre as principais nações europeias por sua incapacidade de gerar “um movimento socialista de massa ou um partido revolucionário significativo”.¹¹¹ Em *Components of the national culture*, escrito pouco depois dos artigos sobre a polêmica com Thompson (por sua vez centrado na excepcionalidade britânica), Anderson retomou e desenvolveu alguns de seus esquemas, preocupado, agora (gramscianamente), com a carência de uma cultura revolucionária autônoma e a falta de uma matriz intelectual que representasse “uma alternativa decisiva e hegemônica diante do *status quo* cultural”. Na medida em que o urgente era desenhar a “cartografia” do terreno onde se determinam os combates, o artigo buscava fixar a estrutura da cultura britânica, passando em revista a uma série de disciplinas (desde a História até a Psicanálise) que constituíam, globalmente, um “complexo superestrutural” e, portanto, um fator de hegemonia.

Em cada caso, a “experiência comparativa” com outras culturas nacionais exibiu o reiterado isolamento e a clausura do pensamento inglês, incapaz de articular sínteses originais ou de incorporar produtivamente outros pensamentos. Posto que o imobilismo e o conformismo cultural correspondiam-se com a legitimação do *status quo* social e o culto à tradição, a genesis social da paisagem intelectual britânica deveria ser

¹¹⁰“De fato, estudos monográficos limitados a um país frequentemente tendem a ignorar de forma precisa aquilo que é mais adequado para eles, ou seja, a *differentia specifica* que os distingue de seus vizinhos, uma especificidade que só é possível captar estudando uma pluralidade de casos mais do que um caso singular”. Cf. ANDERSON, P. *Remarks on History and Sociology*. In: Colóquio sobre Exploração das conexões entre história e demais disciplinas das ciências sociais. Unesco/Flacso, 1990, México, D.F. Comunicação apresentada em 20-25 de abril de 1990. p. 12-13.

¹¹¹ANDERSON, op. cit., 1985, p. 165.

buscar nas falhas históricas da burguesia inglesa (sobre as que versava *Origins of the present crisis*). Ao desistir de uma remodelação completa da sociedade, essa burguesia carecia do impulso para produzir uma síntese reflexiva, um sistema conceitual globalizante (como os que se insinuaram no Século das Luzes). Nenhuma réplica da Sociologia clássica – a teoria global por excelência – floresceu na Inglaterra, cuja cultura, devido a essa lacuna, caracterizava-se por ter “um *centro ausente*”. Mais ainda, “uma profunda e instintiva aversão à categoria de totalidade” marcou a trajetória da burguesia: quando esta buscou se integrar à ordem social, tal categoria resultava supérflua e, logo quando já se fundira com a aristocracia agrária, pensar em termos de “totalidade” era perigoso. Desse momento datava uma configuração sistemática do campo cultural dirigida contra qualquer pensamento crítico; a mesma imigração “branca” recebida (já que a “vermelha” – Marcuse, Brecht, etc. – mudou-se para outros países), apesar de ter enriquecido esse campo, reforçou (e teorizou) suas limitações e prejuízos característicos: a “mística do sentido comum” de Wittgenstein, o “individualismo metodológico” de Popper, a teoria política a-histórica de Berlin etc., consolidaram a ortodoxia reinante, enquanto a produtividade de seus criadores compensava o decadente ímpeto da *intelligentsia* nacional.¹¹²

O balanço negativo de Anderson resgata, no entanto, duas disciplinas que utilizaram o conceito de totalidade. Com a antropologia funcionalista (de todos os modos, fundada por um estrangeiro: Malinowski), a sociedade britânica, relutante em pensar por meio desse conceito, deslocou-o aos povos colonizados; o resultado foi uma “teoria autêntica”, ainda que não vulnerável (Leach seria o polêmico renovador da disciplina). Porém, a crítica literária foi, sobretudo, um “refúgio” tipicamente inglês da noção de totalidade: só na Inglaterra essa especialidade concebeu, com Leavis, a ambição de se converter no centro de estudos humanísticos. Atuando, nesse sentido, como um

¹¹²ANDERSON, op. cit., 1977, p. 25, 27, 30, 42, 58.

sucedâneo das ciências que deveriam ter assumido uma perspectiva globalizante, a crítica literária produziu, finalmente, com Raymond Williams, um “pensamento socialista totalizador” que permitiu enfrentar o utilitarismo e o fabianismo trabalhista. A significação desse julgamento deve ser medida, por sua vez, em relação a outra postulação de Anderson (uma das que haviam irritado Thompson): a extinção do marxismo na cultura inglesa, complementar da ausência de uma sociologia clássica. Enquanto, fora de suas fronteiras, essas duas tradições tinham seu terreno natural de confrontação teórica, a Grã-Bretanha estava isenta dessa tensão: “é o único país importante”, disse Anderson, “que não produziu um só pensador marxista”.¹¹³

A necessidade de inverter a marginalização da esquerda inglesa respeitou a evolução do marxismo no último meio século, assim como a intenção de estabelecer uma discussão socialista de âmbito internacional orientou em meados da década de 1960, o trabalho editorial da renovada *New Left Review* – seu propósito construtivo baseia-se na posterior síntese de Anderson: “não acreditamos no marxismo em um só país”.¹¹⁴ Porém, a continuidade do empenho da *New Left Review* revelou, também, que carências nacionais nesse terreno (denunciadas em *Components*) não eram exclusivas da Grã-Bretanha. As *Consideraciones sobre el marxismo occidental (1974-1976)* foram uma “continuação” do tratamento do caso inglês em uma escala europeia, com o fim de chegar a um “maior equilíbrio de julgamento”¹¹⁵ sobre o destino internacional do marxismo contemporâneo. Um antecedente do uso da fórmula “marxismo ocidental” como indicação da disseminação histórica de correntes antagônicas à matriz clássica, figurava, já nos artigos de 1966, e tornou conhecido Sebastiano

¹¹³ Op. cit., 1977, p.37, 40, 105, 111, 122.

¹¹⁴ Ibidem 1985, p. 165.

¹¹⁵ ANDERSON, Perry. *Consideraciones sobre el marxismo occidental* [orig. 1976]. Madrid: Siglo XXI de España, 1979. p. 2.

Timpanaro,¹¹⁶ um pensador estimado por Anderson.¹¹⁷ No entanto, os temas e, acima de tudo, o comparatismo articulador de *Consideraciones sobre el marxismo occidental (1974-1976)* vai além da perspectiva do autor italiano.

Partindo de um exame amplo e minucioso entre a tradição clássica (extinta com a ascensão de Stalin) e as orientações marxistas que começaram nos anos 1920, o foco de Anderson se organiza em dois eixos ligados: o vínculo entre teoria e prática e o tipo de produção intelectual que caracteriza as diferentes figuras estudadas. A respeito do segundo ponto, o “marxismo ocidental”, globalmente considerado, inverte a trajetória de Marx, pois *regressa* da economia e da política para fixar-se na filosofia. Quanto à firme unidade de teoria e prática que tipificou os “clássicos” – dirigentes políticos, parlamentares ou homens de Estado, além de pensadores criativos –, ela só permanece por um breve interregno nos geradores do “modelo” futuro (Gramsci, Lukács e Korsch); depois de seu encarceramento ou exílio, o símbolo duradouro do marxismo ocidental será o divórcio entre a produção teórica e a prática política (em uma época em que “a unidade revolucionária entre teoria e prática” tampouco existia dentro do comunismo organizado). Uma das consequências desse divórcio foi a substituição de seus termos por uma nova relação (“de assimilação e repúdio, empréstimo e crítica”) entre o marxismo e as teorias burguesas. Os interlocutores ou inspiradores de Lukács (Weber, Simmel), Gramsci (Croce), Sartre (Heidegger, Husserl), Althusser (Bachelard) etc., delimitaram, assim, em grande medida, o marco de suas reflexões. Outra consequência foi que

¹¹⁶Os artigos foram logo reunidos em *Sul materialismo* (1970). Versão espanhola: *Paxism materialismo y estructuralismo*. Barcelona: Fontanella, 1973. No que se refere ao marxismo ocidental “atual”, o autor enumera: “marxistas gramscianos e togliattanos, marxistas hegeliano-existencialistas, marxistas neopositivistas, freudianos, estruturalistas...” (TIMPANARO, p. 18).

¹¹⁷Além das referências em *Consideraciones* (p. 77, 114), Cf. ANDERSON, 1983, onde Anderson atribui a Timpanaro (junto com Peter Dews) a “inspiração geral” de seu tratamento das escolas estruturalistas (p. 8).

a referência aos fundadores do materialismo histórico tendeu a se diversificar. Enquanto era repudiada a herança filosófica de Engels buscava-se uma linhagem adequada para Marx; as propostas – que iam de Spinoza (Althusser) até Kant (Colletti) – uniam-se, geralmente, a uma ênfase epistemológica que desembocava em um “metodologismo obsessivo”, já que uma suposição comum era a necessidade de precisar o descobrimento marxiano das regras da investigação social. Entre as demais características, brevemente enumeradas, figuram: a exacerbação do tecnicismo filosófico, o predomínio da estética ou as superestruturas culturais como objeto de estudo, a inclinação ao pessimismo: “o método como impotência, a arte como consolo e o pessimismo como quietude”.¹¹⁸

Um dos atrativos de *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1974-1976) reside no detalhe de sua jornada através de autores e obras: os inesperados diagramas de correspondências e afinidades (Althusser-Adorno, Colletti-Sartre, Sartre-Althusser) ou a indicação da significação polivalente de um grupo de pensadores (Spinoza, Hegel, Nietzsche, Freud, Bachelard) para o marxismo ocidental, estão ligados a uma observação crítica das dicotomizações abusivas que alguns filósofos praticavam em torno da presença de Hegel nos marxismos diferentes do próprio. A ênfase geral do livro, no entanto, aponta para a correlação entre os

¹¹⁸ANDERSON, op. cit., 1979, p. 29, 41, 69, 72, 115-116. Nessa perspectiva, Gramsci, contribuinte de algumas notas distintivas do marxismo ocidental, se distancia de outras em alguns aspectos centrais: não foi um filósofo, estudou cientificamente um material empírico, dedicou à reflexão política todas as suas energias e, quando se ocupou das superestruturas culturais, fê-lo – à contramão de preferência por elaborações estéticas – para entender sua eficácia na ordem social, ou seja, também como um problema político. Mas, sobretudo, foi o único dos “marxistas ocidentais” que vinculou suas preocupações a algumas típicas da tradição clássica: “a análise da máquina política do Estado burguês e a estratégia de luta de classes necessária para derrubá-la” (*Consideraciones*, p. 59). Sua noção de hegemonia é, assim, a primeira e mais importante das “inovações temáticas” dos autores considerados.

conteúdos do marxismo ocidental e as condições históricas que o produziram (revoluções falidas, conquistas fascistas, consolidação stalinista). Na situação presente – confia o autor, tendo em vista o exemplo do Maio Francês, parece visível uma reunificação da teoria e da prática, com a consequente “transformação” do marxismo e uma vitalização do pensamento estratégico. Em uma previsão mais modesta, referida às desigualdades internacionais do desenvolvimento da produção teórica marxista, Anderson agourava, também, um incremento da cultura marxista nos países anglo-saxões.

Uns dez anos depois da redação de *Consideraciones sobre el marxismo occidental (1974-1976)*, Anderson publicou *In the Tracks of Historical Materialism*, série de conferências pronunciadas nos Estados Unidos. A mais significativa delas indaga o eclipse do marxismo francês (considerado representativo e orientador do marxismo latino-europeu), correlativo ao extenso predomínio do pensamento estruturalista, analisando o eixo filosófico comum de ambas as correntes sob o par “estrutura e sujeito”. Anderson propõe, discute e rejeita a hipótese de que foram envolvidos em torno destas categorias em um real debate teórico em que o estruturalismo (ou sua prolongação com o prefixo “pós”) teria terminado por vencer o marxismo em seu próprio terreno. No entanto, afirma-se a demissão dos principais filósofos marxistas diante do desafio estruturalista: Sartre deixa sem resposta o ataque lévistraussiano a suas posições (em *El pensamiento salvaje*) e Althusser aceita uma “fatal e íntima dependência”¹¹⁹ de uma corrente que o precede e o sobreviva. No caso de Sartre, ademais, sua maior obra marxista (*Crítica de la razón dialéctica*) frustra-se pelo congelamento do processo de desestalinização, que constituía o concreto referencial histórico do prosseguimento do trabalho.¹²⁰ Em suma, o desencadeante epocal da crise latina

¹¹⁹ ANDERSON, op. cit., 1979, p. 38.

¹²⁰ Anderson, que desde a juventude seguiu com “obsessivo” interesse a obra de Sartre (“Diálogo” ver cit. n. 124), teve logo acesso aos manuscritos do segundo tomo (inédito) da *Crítica*. Cf. ANDERSON, 1983, p. 70; Ibidem, 1985, p. 57-59.

do marxismo foi, segundo o autor, o fracasso das iniciativas eurocomunistas e o consecutivo desânimo (unido ao suscitado pela dissipação da miragem da Revolução Cultural chinesa) dos intelectuais desses países.

No que se refere à discussão da filosofia francesa prevalecente, Anderson considera, sobretudo, as produções de Foucault, Derrida, Lévi-Strauss e Lacan, tratando de correlacionar o corte político de 1968 com a emergência de um “pós”-estruturalismo. No entanto, as menções textuais que cita para fundamentar as diferenças de tom e perspectivas resultam pouco convincentes: ou negligencia o fato de que suas fontes são anteriores a 1968 ou, quando o admite, afirma essas referências como “antecipatórias” de tendência futura. Em qualquer caso, são de interesse as pontualizações críticas que estabelece (depois de outros)¹²¹ a propósito da “absolutização da linguagem”,¹²² que caracterizou massivamente a produção intelectual do período. Anderson contrasta esses afastamentos com o tratamento de linguagem e a comunicação na filosofia de Habermas, cuja afinidade com as preocupações do estruturalismo francês indica outra seção.

As palestras incluídas no livro propunham-se confrontar as tendências da produção marxista nos últimos anos com os prognósticos desenvolvidos em *Consideraciones sobre el marxismo occidental (1974-1976)*. Nesse sentido, a apreciação de Anderson é matizada: embora, contra as expectativas, não surgisse um pensamento estratégico revolucionário (e da “miséria da teoria” teria que falar de uma “miséria de estratégia”),¹²³ confirmava a previsão de uma expansão da cultura marxista na área anglo-saxônica e, de igual modo, anunciava um retorno à ênfase clássica nos estudos econômicos e políticos. As folhas que acompanham o registro desse fato são, realmente, provas do forte impulso adquirido pelos estudos marxistas na Inglaterra e, alternativamente, nos Estados Unidos, durante os

¹²¹ Ibidem, 1983, p. 45.

¹²² Ibidem, p. 45.

¹²³ Ibidem, p. 28.

anos 1970 e 1980. (Além do cálculo da Anderson, a presença ostensiva das orientações marxistas na discussão acadêmica norte-americana tem sido registrada, na área da ciência política, por um destacado representante de seu *establishment*, David Easton).¹²⁴ Essa comprovação, que, de outra forma, estende-se (de forma menos espetacular) à área alemã, permite que Anderson confine a validade da divulgada (por *Times*, entre outras) “crise do marxismo” nos países latinos, entre os quais a França foi o cenário de uma “verdadeira *debandade*” de antigos acólitos. Cabe agregar que, como prova o intercâmbio Thompson-Anderson, esse inflexível sintagma carece de ressonância na Inglaterra; em toda sua discussão sobre o marxismo, os polêmicos nunca o evocam, sequer para descartá-lo.

No epílogo agregado ao texto das conferências, Anderson discute as relações entre marxismo e socialismo (em uma época em que a ligação óbvia tem sido questionada em diversas frentes: feminismo, utopismo, etc.) e conclui que o marxismo deve conservar “seu favorável ponto de Arquimedes: a promoção de ações subjetivas capazes de estratégias eficazes para deslocar as estruturas objetivas”.¹²⁵

A terceira área de interesse (que, em alguns sentidos, abarca os anteriores) está representada por um dilatado exame do pensamento político de Gramsci (*As contradições de Antonio Gramsci*) e, assim mesmo, pelo considerável trabalho de sistematização das características que diferenciam internamente

¹²⁴ Em um recente panorama das tendências da ciência política nos EUA, Easton se refere ao “revival of marxist thinking” (“renascimento do pensamento marxista”) produzido na década de 70. Esse “renascimento americano” reflete, por sua vez, a fragmentação do marxismo europeu e, por isso, encontram-se “representadas todas as escolas marxistas: a teoria crítica, a humanista, a cultural, a estrutural, assim como a ortodoxa”. A mais influente, ao que parece, é “o marxismo estrutural, tal como desenvolveram Althusser e Poulantzas”. Cf. EASTON, David. *Political Science in the United States. Past and Present. International Political Science Review* (órgão da International Political Science Association), v. 6, n. 1, p. 144-145, 1985.

¹²⁵ ANDERSON, op. cit., 1983, p. 32, 105-106.

e individualizam a escala mundial, o absolutismo europeu (*O Estado Absolutista*).¹²⁶ A atração exercida pelas inovações teóricas de Gramsci acompanhou – e fundou, em grande medida – as análises políticas da sociedade inglesa que Anderson produziu (acompanhando Nairn) nos anos 1960. Mais adiante, as *Consideraciones sobre el marxismo occidental (1974-1976)* registraram o valor de suas contribuições e a singularidade de sua trajetória no marco do “marxismo ocidental”, mas somente em *As contradições de Antonio Gramsci (Las antinomias de Antonio Gramsci)* aparece um estudo circunstanciado de suas ideias políticas características. Esse estudo, segundo o típico tributo que rende a *New Left Review* aos marxistas (ou socialistas) de relevo, toma a forma de uma análise crítica, nesse caso, da colaboração de Gramsci à estratégia revolucionária no Ocidente. P o r meio de uma análise detalhada sobre a mudança no papel do conceito de hegemonia em *Cuadernos de la cárcel* (segundo a cuidada edição de Gerratana), Anderson indica as aporias que conduzem as oposições gramscianas e os riscos de uma leitura reformista da tese do autor, na contra mão de sua inspiração e de seus propósitos. Apesar de sua aproximação filológica dos textos estudados, *Las antinomias de Antonio Gramsci* transcende a análise imanente para situar histórica e politicamente as propostas de Gramsci: tanto reconduzindo-as aos debates anteriores e contemporâneos, na redação de os *Cuadernos de la cárcel*, como projetando-as às exigências presentes de um pensamento estratégico.

Não menos gramscianas tem sido a inspiração de *El Estado absolutista*, ainda que essa gênese resulte velada pela localização histórica remota do objeto de estudo. O livro constitui uma ambiciosa tentativa de análise comparativa das estruturas e funções dos Estados que regeram as sociedades em transições

¹²⁶ Ibidem. The Antinomies of Antonio Gramsci. *New Left Review*, N. 100, p. 5-78, nov. 1976/jan. 1977. (Versão espanhola: *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara, 1978); ANDERSON, 1982, p. 213

para o capitalismo, enfatizando a distribuição geográfica em que Gramsci assentara suas teses sobre as diferentes relações entre o Estado e a sociedade civil: Oriente e Ocidente.¹²⁷ Além das realizações específicas dessa obra – cuja várias teses têm resistido (por exemplo, a postulação da dependência jurídica como constitutiva dos modos de produção pré-capitalistas ou a derivação do modelo de organização estatal do absolutismo, a partir do caráter modificado da extração do excedente)¹²⁸, o livro constitui o remanescente (densamente expandido) de um projeto abandonado de discussão da estratégia revolucionária no Ocidente, diagramado na época do Maio Francês.¹²⁹ Anderson aceitou a sugestão de que as “implicações teóricas e políticas” dos argumentos da obra (aludidas, mas não especificadas no prólogo) conduziam a um estudo análogo da temporalidade de constituição das sociedades socialistas e seu respectivo tipo de Estado.¹³⁰

¹²⁷ A propósito da gênese de *El Estado absolutista*, explicou Anderson: “Meu problema inicial eram as famosas proposições de Gramsci sobre o Estado no Oriente e Ocidente, que sempre me impressionaram muitíssimo [...] Como explicar a diferença entre essas duas zonas da Europa? Era uma questão, para mim, sumária e diretamente política: esse foi meu ponto de partida. Então, comecei a estudar retrospectivamente a história do continente para ver em que momento cristaliza-se essa diferença [...]” (Diálogo do autor com Perry Anderson, julho, 1982. Adiante, “Diálogo”).

¹²⁸ Cf. ANDERSON, op. cit., 1982, p. 12-15, 414, 440-442. A primeira tese foi discutida por COHEN, G. A. *Karl Marx's Theory of History*. A Defence. Oxford: Clarendon Press, 1978. p. 247-248. A segunda, por SKOCPOL, Theda. *Stati e rivoluzione sociali*. Un'analisi comparata di Francia, Russia e Cina (orig. ing.: 1979). Bolonha: Il Mulino, 1981. p.92-93.

¹²⁹ A redação do esboço completo abarcava as seguintes seções: o Estado absolutista; as revoluções burguesas; os Estados capitalistas; as revoluções socialistas; os Estados trabalhistas. “Mas uma vez que escrevi isso, senti a necessidade de aprofundar em cada seção, fazer mais leituras, repensar tudo isso e então fiquei somente com o primeiro capítulo, que ia se alargando incontrolavelmente [...]” (“Diálogo”, 1982, p. 22)

¹³⁰ ANDERSON, op. cit., 1982, p. 5.

Além disso, em um artigo “Sobre as relações entre o socialismo existente e o socialismo possível”,¹³¹ Anderson apresentou um esquema comparativo das transições ao capitalismo e ao socialismo (em escala mundial), em que a atenção recaía nos lapsos históricos que mediavam entre a derrocada de um regime e o estabelecimento pleno da nova forma política “típica”. A generalização da democracia burguesa, nos anos seguintes à Segunda Guerra Mundial, foi quatro séculos mais tarde desde o início das revoluções burguesas; no caso das revoluções proletárias deste século, e apesar da “tremenda aceleração do tempo histórico” que supunha seu desenvolvimento, também se insinuava um prolongado processo até chegar ao socialismo, “tal como definira Marx”. Perder a esperança no destino dessas revoluções baseando-se na atual “ausência de democracia socialista” era como lamentar a falta de democracia burguesa em 1630 e concluir que “a Revolta dos Países Baixos não teve nada a ver com o capitalismo genuíno”.¹³² Em outro momento, Anderson evocou o deferimento da “mudança de poder” político em relação à “revolução socioeconômica” anterior, a propósito da analogia que estabelece Trotsky (em 1936) entre a futura “revolução política” antiburocrática na URSS e o deslocamento das formações dirigentes na França de 1830 e 1848 (ele considerava a Revolução de 1789 como aquela de 1917).¹³³

A convicção de Anderson, definitivamente, é que não se pode abordar o problema das revoluções socialistas e dos Estados que elas originaram sem uma penetração “realmente sólida”

¹³¹ Ibidem. Sobre as relações entre o socialismo existente e o socialismo possível. In: Colóquio socialismo real, socialismo possível. Movimento ao Socialismo (MAS), maio, 1981, Caracas.

¹³² Ibidem, p. 2, 4-5.

¹³³ Ibidem. Trotsky's Interpretation of Stalinism (texto de uma conferência em Paris, 1982). *New Left Review*, n.139, p. 54, maio/jun., 1983. Enquanto ao paralelo pontual dos dois ciclos revolucionários, Anderson recompõe livremente uma menção que figura em *La revolución traicionada*: cf. edição de Processo [Buenos Aires], 1964, p. 247-248.

na natureza das revoluções e dos Estados anteriores; “nessa perspectiva, pode-se chegar também a uma posição política mais serena e equilibrada do que a habitual hoje em dia”.¹³⁴ Em *Arguments*, há um eco dessa última postura quando, na discussão sobre o stalinismo, Anderson reivindica a necessidade de uma “minuciosa investigação histórica e sociológica” das sociedades “do Leste”, de superar as limitações da “crítica moral” de Thompson.¹³⁵ No entanto, uma dimensão crucial na real evolução dessas sociedades é o contexto internacional e as relações de poder que nelas se estabelecem: dentro desse âmbito, a presença protagonista de Thompson na campanha europeia pelo desarmamento nuclear suscitou o elogio, sem reservas, de Anderson, que nessa ocasião, celebra uma “liderança moral e política”, que é acompanhada pelo pleno uso de suas faculdades “como teórico e historiador”.¹³⁶ No ano de publicação de *Arguments*, Thompson aceitou a mão estendida por Anderson no final de seu livro. Com a publicação de um importante artigo sobre o andamento de “exterminismo”, ele também demonstrou sua vontade de explorarem, juntos, novos problemas no âmbito da *New Left Review*.¹³⁷

¹³⁴ Ibidem. “Diálogo”, 1982, p. 21.

¹³⁵ ANDERSON, op. cit., 1985, p. 133.

¹³⁶ Ibidem p. 229. (Estes julgamentos figuram no “*Post-scriptum* da edição espanhola”).

¹³⁷ THOMPSON, E. P. Notes on Exterminism, The Last Stage of Civilization. *New Left Review*, n. 121, maio/jun., 1980. O artigo foi incluído posteriormente na recopilación de temas de mesmo caráter *Zero option* (1982). Versão espanhola: “Notas sobre el exterminismo, la última etapa de la civilización”, em THOMPSON, E. P. *Opción cero*. Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1983. p. 72-119. A aceitação explícita do autor ao convite de Anderson figura na p. 111.